



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

En aquel momento se oyó fuera el ruido de una caravana, cuyos caballos ó mulas se detenían á la puerta exterior.

— ¿ Hélos aquí, sin duda? — dijo Kidros dirigiéndose hacia el fondo del patio para llegar al encuentro de los recién venidos.

— En efecto — exclamó, deteniéndose á la puerta — hé aquí viajeros que vienen á caballo. Algunos ricos personajes sin duda, á juzgar por su fisonomía.... que ménos puedo hacer que ofrecerles mis servicios. Y salió.

Pero al mismo tiempo que él, Scarpante se había adelantado hasta la entrada del patio para ver á los recién llegados.

— ¿ Esos viajeros serán Ahmet y sus compañeros? — preguntó, dirigiéndose al capitán maltés.

— ¡ Son ellos! — respondió Yarhud — que retrocedió vivamente á fin de no ser reconocido.

— ¿ Ellos — exclamó el señor Saffar, adelantándose á su vez, pero sin salir del patio de la posada.

— Si — respondió Yarhud; — hé ahí á Ahmet, su novia.... su esclava.... los dos criados.

— Permanezcamos ocultos — dijo Scarpante, haciendo una señal á Yarhud para que se escondiese.

— ¿ Ya se oye la voz del señor Keraban? — repuso el capitán maltés.

— ¿ Keraban?..... — exclamó vivamente Saffar.

Y se precipitó hácia la puerta.

— ¿ Pero qué tenéis, señor Saffar? — preguntó Scarpante muy sorprendido — ¿ y por qué ese nombre Keraban os causa tal emoción?

— ¡ Él.... es él!..... — respondió Saffar. — Es el viajero con quien me encontré en el ferro-carril del Cáucaso. ... que quiso disputarme é impedir el paso á mis caballos.

— ¿ Os conoce?

— Si..... y no me sería difícil continuar aquí aquella disputa..... detenerle.....

— ¡ Eh, eso no detendría á su sobrino! — respondió Scarpante.

— ¡ Yo sabría desembarazarme del sobrino como del tío!

— ¡ No..... no..... nada de disputas..... nada de ruido! — respondió Scarpante insistiendo. — Creedme, señor Saffar; ¡ que ese Keraban no pueda sospechar vuestra presencia aquí! ¡ Que no sepa que Yarhud ha robado á la hija del banquero Selim por vuestra cuenta!..... Sería arriesgarse á perder todo.



Kidros los acompañaba.

— Sea — dijo Saffar; — me retiro y me fio de tu habilidad, Scarpante. Pero sal bien de tu empresa.

— Saldré bien, señor Saffar, si me dejais obrar. Volved á Trebisonda esta tarde misma.

— Volveré.

— Tú tambien, Yarhud, abandona al instante la posada — repuso Scarpante. — Te conocen, y no es conveniente que te reconozcan.

— Hélos' ahí — dijo Yarhud.

— ¡ Dejadme..... dejadme solo! — exclamó Scarpante, rechazando al capitán de la *Guidare*.

— ¿ Pero cómo desaparecer sin ser vistos? — preguntó Saffar.

— ¡ Por aquí! — respondió Scarpante, abriendo la

puerta situada en el tabique de la izquierda, y que daba acceso al campo.

El señor Saffar y el capitán maltés salieron en seguida.

— ¡ Era tiempo! — se dijo Scarpante. — Y ahora, tengamos alerta la vista y el oído.

VII.

EN EL CUAL EL JUEZ DE TREBISONDA PROCEDE Á LA INFORMACION, DE UNA MANERA BASTANTE INGENUOSA.

En efecto, el señor Keraban y sus compañeros, despues de haber dejado la *araba* y sus monturas en

la cuadros exteriores, acababan de entrar en la posada. Kidros los acompañaba, no economizando sus más expresivas cortesías, y depositó en un rincón su linterna encendida, que no proyectaba más que una débil claridad en el interior del patio.

— Si, señor—repotía Kidros inclinándose—entrad. ¿Queréis entrar? Ésta es la posada de Rissar.

— ¿Y no estamos más que á dos leguas de Trebisonda?—preguntó el señor Keraban.

— ¿Á dos leguas, lo más!

— Bien; que cuiden á nuestros caballos. Partiremos mañana al despertar el día.

Después, volviéndose hacia Ahmet que conducía á Amasia á un banco, en donde se sentó con Nedjeb, dijo con tono de buen humor:

— Desde que mi sobrino ha encontrado á su novia no se ocupa más que de ella, y me veo obligado á preparar todas nuestras jornadas.

— Es muy natural, señor Keraban. ¿De qué serviría entonces el ser tío?—respondió Nedjeb.

— No me queréis ménos por eso—dijo Ahmed sonriéndose.

— Ni á mí—añadió la jóven.

— ¿Eh, yo no quiero mal á nadie!.... ni á Van Mitten, que ha tenido la idea.... la imperdonable idea de quererte abandonar en el camino.

— ¡Oh! no hablemos de eso—replicó Van Mitten—ni ahora ni nunca.

— ¡Pur Mahems!—exclamó el señor Keraban—¿por qué no hablar de eso? Una pequeña discusion sobre eso.... ó sobre otra cualquier cosa.... os avivará la sangre.

— Creia, tío—observó Ahmet—que hablais tomado la resolución de no discutir más.

— ¡Es verdad! Tuus razon, sobrino, y verás como no me vuelves á reprender, aunque tuviese cien veces razon.

— ¡Veremos!—dijo Nedjeb.

— Por otra parte—repuso Van Mitten—lo mejor que podemos hacer es descansar unas cuantas horas con un buen sueño.

— Si se pueda dormir aquí—murmuró Bruno de bastante mal humor como siempre.

— ¿Tepéis habitaciones que darnos para pasar la noche?—preguntó Keraban á Kidros.

— Si, señor—respondió este último—tantas como deseis.

— ¡Bieu, muy bien!—exclamó Keraban.—Mañana estaremos en Trebisonda; despues, en diez dias en Scutari.... en donde tendremos una buena comida.... la comida á la que os he invitado, amigo Van Mitten.

— Nos la debeis, amigo Keraban.

— ¿Una comida en Scutari?—dijo Bruno al oído de su amo.— ¡Si.... si llegamos!

— ¡Vamos, Bruno!—replicó Van Mitten.— ¡Un poco de valor, qué diablo.... aunque no sea más que por el honor de nuestra Holanda!

Scarpante, escuchando los párrafos que se cambiaban entre los viajeros, y espía el momento oportuno en que le conviniere intervenir.

— Pues bien—preguntó Keraban—¿cuál es la habitación destinada á estas dos jóvenes?

— Ésta—respondió Kidros, indicando una puerta situada á la izquierda del muro.

— Entónces, buenas noches, pequeña Amasia—respondió Keraban—y que Allah te proporcione agradables sueños.

— Igualmente, señor Keraban—respondió la jóven.—Hasta mañana, querido Ahmet.

— Hasta mañana, querida Amasia—respondió el jóven, despues de haber abrazado á Amasia.

— ¿Vienes, Nedjeb?—dijo Amasia.

— Os siga, querida señorita—respondió Nedjeb—mas ya sé de lo que tendremos que hablar durante una hora.

Las dos jóvenes entraron en la habitación por la puerta que Kidros tenía abierta.

— Y ahora, ¿en dónde pondremos á estos dos bravos mozos?—preguntó Keraban, mostrando á Bruno y á Nizib.

— En una habitación exterior, á donde voy á conducirlos—respondió Kidros.

Y dirigiéndose hacia la puerta del fondo, hizo señas á Bruno y Nizib para que le siguieran, á lo que los dos bravos mozos, extenuados por una larga jornada de marcha, obedecieron, sin hacerse rogar, despues de haber dado á sus señores las buenas noches.

— Hé aquí el momento de obrar—se dijo Scarpante.

El señor Keraban, Van Mitten y Ahmet, aguardando la vuelta de Kidros, se paseaban en el patio del paradero. El tío estaba de buen humor. Todo marchaba á medida de sus deseos. Llegaría en el plazo fijado á las orillas del Bósforo. Se regocijaba al pensar en las caras que pondrían las autoridades otomanas al verle aparecer. Para Ahmet, la vuelta á Scutari era la celebracion tan deseada de su matrimonio. Para Van Mitten la vuelta.... era la vuelta.

— ¡Ah! se me olvidaba; ¿y nuestra habitación?—dijo el señor Keraban.

Al volverse, apercibió á Scarpante, que se adelantaba lentamente hacia él.

— ¿Preguntáis por la habitación destinada al señor Keraban y sus compañeros?—dijo inclinándose, como si fuese uno de los sirvientes del paradero.

— Si.

— Héla aquí.

Y Scarpante mostró á la derecha la puerta que abacaba por un corredor, á la que se encontraba ocupada por la visjera kurda, cerca de la que velaba el señor Yamar.

— ¡Venid, amigos míos, venid!—respondió Keraban, empujando vivamente la puerta que le indicaba Scarpante.

Los tres penetraron en el corredor; pero antes que hubiesen tenido tiempo de cerrar la puerta; qué agitacion, qué gritos, qué clamores, y qué terrible voz de mujer se oyó, á la cual se unió bien pronto una de hombre!

El señor Keraban, Van Mitten y Ahmet, no comprendiendo nada de lo que sucedía, se salieron vivamente al patio de la posada.

En seguida todas las puertas se abrieron, los viajeros salieron de sus habitaciones. Amasia y Nedjeb

también habían acudido al oír el ruido, Bruno y Nizib volvían por la izquierda. Después, entre aquella semi-oscuridad, se distinguía la silueta del feroz Yanar. Y finalmente, una mujer se precipitó fuera del pasadizo en el que el señor Keraban y sus compañeros tan imprudentemente se habían introducido.

— ¡Al robo..... al atentado..... al crimen! — exclamaba aquella mujer.

Era la noble Saraboul, grande, fuerte, de enérgico paso, viva mirada, rostro coloreado, negra caballera, labios imperiosos que dejaban ver inquietantes dientes, en una palabra, el señor Yanar vestido de mujer.



Yanar y Saraboul.

Evidentemente, la viajera velaba en su habitación en el momento en que los intrusos habían empujado la puerta, porque ella nada se había quitado de sus vestidos del día, un *mintan* de paño con bordados de oro en las mangas y en el cuerpo; una *cutari* de seda brillante sembrada de mazorca de seda amarilla, y unida al cuerpo por un chal, en el que no faltaba ni la pistola damasquina ni el yatagan en su vaina de terciopelo verde; en la cabeza un fez sujeto con una banda de vistosos colores, de donde pendía un largo *puskul* como el asa de un cascabel; en los pies, botas de cuero rojo, en las que se perdía el bajo del *chaluvar*, el pantalón de las mujeres de Oriente. Algunos viajeros han pretendido que la mujer kurda, vestida de esta manera, se asemeja a una avispa. ¡Sea! La no-

ble Saraboul no desmentía aquella comparación, y aquella avispa debía poseer un formidable aguijón.

— ¡Qué mujer! — dijo á media voz Van Mitten.

— ¡Y qué hombre! — respondió el señor Keraban, mostrando á Yanar.

Y entonces éste exclamó:

— ¡Un nuevo atentado todavía! Que se detenga á todo el mundo.

— Resistamos bien — murmuró Ahmet al oído de su tío — porque me temo que hayamos sido causa de todo este trastorno.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo se había apoderado de Europa entera una fiebre ardiente al oír los maravillosos relatos de los primeros navegantes. Después del ilustre Colón (1492) y sus intrépidos sucesores, Juan y Sebastián Cabot (1497-1498), Américo Vespucio (1499), Vicente Pinzón (1500), que fueron conquistadores pacíficos, la tropa de aventureros se arrojó sobre aquella tierra opulenta como una bandada de buitres hambrientos.

Francisco Pizarro había perecido en 1541, asesinado en Cuzco. Uno de sus tenientes, Orellana, soñando con países aún más ricos en los cuales debía ser el oro tan común como los metales más vulgares en Europa, bajó por el Amazonas hasta su desembocadura, recorriendo la costa desde el Ecuador al Orinoco.

¿Procedió de buena fe Orellana? ¿Tomó por una realidad su quimera largo tiempo acariciada? ¿Encontró algún rincón de aquella tierra afortunada de la que pinta en sus relaciones tan encantadores cuadros?... Lo cierto es que hacia el año 1548, la palabra mágica *El-Dorado* se oía en todas las bocas como una espléndida onomatopeya.

Al cruzar los mares, al volar de boca en boca, se alteró el relato adquiriendo proporciones gigantescas. El punto geográfico del Paraíso del oro sufrió además numerosa é importantes variaciones. En Guayana ó en Nueva Granada, entónces poco conocidas, se buscó á través de las soledades inmensas. De Norte á Sur, de Este á Oeste fué examinada la región ecuatorial por los sedientos de oro, cuyos cadáveres sembraron la tierra. De decepción en decepción se convino por fin en que Guayana poseía *El-Dorado*, el fabuloso tesoro de los Hijos del Sol. Se dieron noticias exactas, y algunos llegaron á decir que, después de la caída de los Incas, el hermano menor de Atabalipa se apoderó de sus tesoros y bajó hasta el Amazonas, cerca del origen del Oyapock.

Aquel monarca del oro se llama el gran Páytité, el gran Moxo, el gran Paru.

Se pretendía haberle visto. Walter Raleigh, el favorito de Isabel, impulsado sin duda por motivos personales, ó quizás de un orden más elevado, aseguró á la Reina de Inglaterra la realidad de aquellas

fábulas. El español Martínez fué más léjos. Declaró haber pasado siete meses en *Manoa*, capital del reino imaginario. La descripción que de ella hace es harto extraordinaria para que dejemos de reproducir algunos párrafos: «La ciudad es inmensa y su población innumerable. En la calle de los Plateros existen más de tres mil artífices. El palacio del Emperador, construido con mármol blanco, se levanta en una isla encantadora y se refleja en un lago cuyas aguas son tan claras como el cristal. Le rodean tres montañas, una de oro macizo, otra de plata y la tercera de sal. Está sostenido por columnas de pórfido y de alabastro y rodeado de galerías de ébano y de cedro con incrustaciones de piedras preciosas. Dos torres defienden la entrada, y tienen por base una columna de veinticinco piés y están coronadas por enormes lunas de platas. Dos leones vivos se hallan atados á los fustes por medio de cadenas de oro; en el centro se encuentra un gran patio cuadrado con fuentes cuyas tazas son de plata y en las que brota el agua de cuatro tubos de oro. Una puerta óta de cobre (¿por qué de cobre solamente?) practicada en la roca ocultaba el interior del palacio, cuyos esplendores exceden á toda ponderación.

«El dueño se llama *El-Dorado*, á causa de la opulencia de su traje. Su cuerpo desnudo era frotado todas las mañanas con una goma preciosa, y luego se doraba hasta que ofreciese el aspecto de una estatua de oro, etc., etc.»

Sin detenernos en estas puerilidades, explicaremos en dos palabras lo que, según Humboldt, ha podido motivar esta última fábula. Sabido es que en Guayana se pintan los indios el cuerpo, y los de ciertas tribus, diezmados hoy por el alcohol, han conservado la costumbre de unirse con grasa de tortuga y de cubrirse luego con lentejuelas de mica, cuyo brillo metálico presenta los reflejos del oro y de la plata. Este adorno elemental les presenta, en efecto, como vestidos de aquellos metales preciosos.

Sea cualquiera el motivo que le hizo obrar, Walter Raleigh, fatigado con las tristes realidades del antiguo mundo, no vaciló en perseguir su quimera más allá del Océano inmenso, y en 1595 partió á la conquista del ideal soñado. Desde 1595 á 1597 hizo

cuatro viajes, por lo ménos, y registró, aunque inútilmente, todos los rincones todavía no explorados. El *El-Dorado* huía siempre delante de él.

Más de veinte expediciones intentadas con el mismo objeto no tuvieron éxito alguno. En fin, por increíble que parezca, dirémos que la última se organizó con toda formalidad en 1755. Tan firme era la creencia en aquella región fantástica.

Por más que la ficción del *El-Dorado* fué abundante en sinsabores, no dejó de producir grandes resultados, lo mismo que la piedra filosofal, pues permitió conocer la Guayana y sus verdaderas riquezas. Así es que en 1604 algunos franceses, al mando de La Rivardière, se fijaron en la isla de Cayena.

Cosa asombrosa y sin embargo admisible. La leyenda de *El-Dorado* se ha perpetuado entre los indios de la Guayana francesa con singular intensidad. ¿Ha tomado su origen aquella tradición en los relatos de los exploradores europeos, ó ha adquirido consistencia en la serie de encarnizadas investigaciones que la siguieron, ó es que los indios habían soñado con el *El-Dorado* antes que sus conquistadores? Nunca podrá saberse la verdad.

Pero si el tesoro fabuloso de los Incas no estaba ni podría encontrarse en Guayana, no es menos cierto que las colonias guayanesas, próximas al Brasil, al Perú y á Venezuela, debían poseer minas de oro. Animados por la esperanza de descubrir yacimientos fué por lo que los ingleses y los franceses se apoderaron de Guayana en el siglo xvii. El hecho está confirmado por una correspondencia depositada en los archivos del Gobierno. En 1725, un monje portugués, del país de las minas del Brasil, se ofreció á las autoridades de Cayena, prometiéndolas encontrar los terrenos auríferos; pero fué despedido.

Haremos constar una circunstancia más extraña todavía que la ciega credulidad de los soñadores del *El-Dorado*: sus descendientes no quisieron volver á oír que se hablase de oro. Encontrábasele por todas partes en la Guayana francesa, y hasta se negaba la evidencia. A la excesiva credulidad sucedió el exagerado escepticismo.

En 1848 recobró la cuestión del oro cierta actualidad. El gobernador de Guayana, M. Pariset, inspector general de Marina, se hallaba visitando la aldea de Mana. Fué conducido á su presencia un indio del Oyapock, que desde algunos años ántes residía en Mana. Era un hombre activo y muy inteligente, habia llegado á ser jefe de la aldea y se aseguraba que conocía un yacimiento aurífero de extraordinaria abundancia.

El gobernador le interrogó. El piel-roja, que despedía un fuerte olor de ron, no quiso decir nada al principio. Pero su discreción claudicó al presentarle una botella, cuyo contenido tragó práticamente. Después de numerosos circunloquios y de múltiples reticencias, acabó por decir:

— Sí, conozco el secreto del oro.

Luego, pesaroso de haber hecho aquella primera confesion, trató de desmentirla á pesar de su barrachera.

— Me has engañado — dijo entonces el gobernador

fingiéndote encolerizarse. — No hay tal oro, y si existe, no sabes dónde está.

Picado el indio, respondió:

— ¡ Ah! ¡ Dices que te he engañado! ¡ Pues bien! ¡ Esperame aquí siete dias, y ya verás!

A media noche partió. El gobernador esperó durante una semana; ya habían pasado veinticuatro horas más del plazo y el jefe no llegaba. Ya se había embarcado en la goleta que debía conducirle á Cayena cuando se divisó la canoa.

El piel-roja, grave, impenetrable, salió de la piragua y se adelantó hacia M. Pariset. En seguida, y sin decir una sola palabra, desató su calabé, sujeto á su cintura con un hejeco. Un paquetito envuelto en una hoja cayó sobre el puente del buque produciendo un ruido sordo. Era una pepita de oro completamente puro y que pesaria veinticinco ó treinta gramos.

A todas las preguntas que le hizo el gobernador, respecto á su descubrimiento, contestó el indio:

— Has dicho que yo era un embustero. Nunca te revelaré el secreto del oro.

Las promesas más brillantes no pudieron doblegarle, y se retiró sin añadir una sola palabra.

La cuestión quedó enterrada, por decirle así, hasta 1851, en cuya época un indio portugués, llamado Manuel Vicente, que conía á M. Lagrange, comisionado de Apruaga, le aseguró una vez que se encontraría el oro en la parte superior del río. Había trabajado en las minas del Brasil fabricando con *bachá*, instrumentos propios para la explotación y análogos á los que se usan en su país. Se proponía que M. Lagrange hiciese construir otros iguales y beneficiar sin tardanza los aluviones.

Monsieur Lagrange dió cuenta de esta revelación á dos propietarios de Apruaga, M.M. Couy y Urelaur, padre, los cuales le dijeron que el indio no se proponía otra cosa sino explotar su credulidad, por cuya causa no tuvo resultado alguno la declaración de Vicente.

Éste se dirigió al Brasil en los últimos meses de 1854, y allí vió á M. de Jardín, á quien renovó la confianza hecha tres años ántes á M. Lagrange. Monsieur de Jardín fletó en seguida una goleta tripulada por seis hombres, entre los cuales se hallaba el indio Paulino, reputado como un excelente buscador de oro. Desembarcó en Apruaga, y vió á M. Couy en su ranchería, ocultándole el objeto de su viaje. Al punto se encaminó á la parte superior del río, instalándose en un país perdido, en la choza del todío portugués Jean Patawa, suegro de Manuel Vicente. Monsieur de Jardín encontró el oro. Desgraciadamente le atacó la disenteria al cabo de pocos dias, obligándole á guardar cama cerca de tres semanas. Su primer cuidado al levantarse fué ir al barco; una vez en él, pudo convencerse de que le habían robado todas sus mercancías y provisiones. No habia más remedio que ponerse de nuevo en marcha so pena de morir de hambre.

Habiéndole dicho sus hombres que Paulino era el culpable, se embarcó para traer más provisiones abandonó al ladrón y marchó, llevándose su secreto. En el Brasil tuvo que detenerse durante seis semanas, pues su salud se hallaba muy quebrantada.

Si el autor insiste de este modo en dar prolijos de-

tales, es porque tienen una gran importancia, tanto desde el punto de vista histórico, como desde el de la filosofía. La historia del descubrimiento del oro en nuestra colonia es poco conocida y nadie la ha escrito desde 1848 hasta nuestros días (1).

Llegamos al desenlace. En 1855, el mismo Paulino se unió al indio portugués Theodosio, á Nicolás, su suegro, y á su hermana. Subieron por el Apruaga hasta un afluente llamado el *Acataye*, y lavaron las tierras en el sitio denominado *Aicupai*. Encontraron algunos granos de oro, volvieron á Cayena y enseñaron sus muestras á M. Chilton, consul del Brasil. El análisis demostró que era oro fino.

Monsieur Chilton no daba entero crédito al descubrimiento. Pero M. Couy, noticioso de él, recordó la comunicación hecha anteriormente por M. Lagrange. Envió un informe á M. Favard, director en el Ministerio del Interior, obtuvo una subvención de 3.000 francos, partió con diez y siete hombres y tres canoas, nombrando jefe de la expedición á M. Louvrier Saint-Mary, y el 12 de Abril de 1856, á las cinco de la tarde, llegaban á Aicupai. Al día siguiente puso Paulino manos á la obra y lavó varias *bateas*, que contenían polvo de oro. El jefe de la expedición trató de imitarle, á pesar de las protestas del indio, que conocía su inexperiencia.

Á las ocho de la mañana, los primeros granos de oro, recogidos por primera vez en Guayana por un francés, se hallaban en el fondo de la *batea* (2) de M. Louvrier Saint-Mary.

La Guayana francesa no tenía nada que envidiar á California y á Australia.

El descubrimiento del oro en Guayana no tuvo resonancia alguna. El mundo antiguo no sufrió ninguna de aquellas convulsiones que le agitaron cuando supo que los ríos de la Australia y de California arrastraban el precioso metal. La fiebre de oro fué desconocida en nuestra colonia, que continuó vegetando como ántes, dejando dormir los espléndidos yacimientos de la región equinoccial. La metrópoli no hizo nada para sacar partido de aquellas riquezas, cuya existencia ignoró y aun ignoran la mayor parte de los habitantes de Francia.

Los primeros concesionarios de terrenos explotaron muy modestamente sus placeres, y se consideraban sobrado felices cuando la producción llegaba al máximo de algunos kilogramos de oro cada mes. Tal era la apatía de todos, que la producción total no se elevó en 1863 más que á 132 kilogramos. En 1872 subió hasta 725 kilogramos, y, por último, gracias á los recursos de la industria privada, alcanzó en 1880 la cifra oficial de 4.800 kilogramos. Como el oro tiene que pagar al salir de la colonia un impuesto de 8 por 100, el contrabando es muy activo. Es

necesario, por consiguiente, aumentar en una cuarta parte esa cifra sacada del presupuesto de ingresos de la colonia, ó sea 2.250 kilogramos de oro, que representan la suma líquida de 6.750.000 francos.

Una palabra ántes de volver á nuestra relación. El oro recogido en Guayana es el oro de aluvión que procede del lavado; ¡los filones numerosos y muy ricos permanecen sin explotar en 1881!

En el año de 186....., cuando se desarrolla el drama á cuyo prólogo acabamos de asistir, la explotación estaba limitada á las orillas del Apruaga, del Sinnamarie y del Maná. La ennea del Maroni aun no había sido explorada, y se referían con la mayor sencillez cosas maravillosas acerca de su fecundidad. Parecía que el El-Dorado había cambiado de sitio. Un suceso imprevisto fué á dar consistencia á ciertos rumores vagos que circulaban por el público. Veintidos años ántes el doctor V..... que residía en la aldea de Mana, encontró junto al río á un indio que tenía entre sus brazos un niño moribundo. Se acercó y preguntó al indio que á dónde iba.

—Voy á echar al agua este niño que me estorba....

Y como el doctor le ruerclinase duramente, respondió el indio:

—Su madre acaba de morir. No tengo leche para darle. ¿Qué quieres que haga? Vale más atarle una piedra al cuello. Los aitanas le evitarán los pesares de la vida.

—¿Quieres dármele? Yo le criaré.

—Toma.

Desapareció el piel-rojo. El doctor entregó el niño á una negra, y cuando ya estuvo crecido le instruyó su padre adoptivo todo lo que permitía la naturaleza del pequeño salvaje. Quince años despues volvió su padre y le reclamó y se le llevó consigo. El jóven, que adoraba á su bienhechor, pero que se hallaba soliciado por la misteriosa necesidad de la vida nómada, no dejaba transcurrir tres meses sin ir á Mana. Llegó á tener veinte años y entonces se casó con la hija del jefe de la tribu, á quien se le suponía poseedor del secreto del oro. El doctor V..... tuvo necesidad de abandonar á la sazón la aldea de Mana y fué á fijar su residencia en San Lorenzo. Santiago, éste era su nombre de adopción, deseaba demostrar su agradecimiento y en una visita que hizo á su bienhechor en 186..... le reveló el famoso secreto del oro.

El doctor recibió con reserva aquella confidencia, y antes de tener detalles quiso celebrar una entrevista con su amigo el comandante del presidio. Un día fué á verle con Santiago; pero el jóven, como antes el indio de M. Parizet, trató de retractarse. El comandante le llamó embustero y le retó á que llevase un grano de oro.

Entonces, lleno Santiago de vergüenza al ver que se dudaba de su veracidad, exclamó:

—No, no lo mentido. Ya sabéis, mi comandante, la veneración que profeso á mi padré adoptivo. ¡Pues bien! Os juro por su vida que ántes de un mes os conduciré allí.... donde se encuentra el oro—terminó en voz baja y temblorosa.

—¿Qué tomes, hijo mío?—preguntó afectuosamente el doctor.

(1) Todos estos detalles, completamente inéditos, han sido recogidos por mí de labios de M. Louvrier Saint-Mary.

L. B.

(2) Se llama *batea* el plato de madera que sirve para lavar las arenas auríferas. Tiene unos cuarenta centímetros de diámetro y su forma recuerda la de una pañetilla muy ensanchada cuyo vértice no tuviera abierto.

—Es que mi cariño por tí me hace perjuro. ¡He revelado el secreto del oro!... ¡El secreto del oro es mortal!... Mata á los que te descubren... ¡El diablo se llevará mi alma!

Su voz, que se había enroquecido, sus ojos extra-

viados, sus facciones espantadas, todo indicaba que era presa de una horrible lucha.

Al cabo de un rato, dijo en tono algo más tranquilo:

—Me salvaste cuando era pequeño. ¡Te pertenece



—Voy á salvar al agua este niño que me costaba.

mi vida, padre mío! Yo no te acompañaré. Irás con el comandante. El demonio de los pieles-rojas tiene miedo á los blancos. Marcharemos... dentro de un mes... Tú llevarás zapapicos y martillos.

—¡Martillos! ¿para qué?

—Es que el oro no está en la tierra como el de Aj-cpsi ó de Sannamarie. Está en la roca.

—¡En la roca! —exclamaron sorprendidos el doctor y el comandante. —Hasta ahora no se ha descubierto ni un solo filon en la Guayana.

—No sé lo que es un filon, pero hay rocas blanquecinas con venas azules en las que se encuentran gruesos granos de oro. También hay rocas negras;

¡los pedazos de oro relucen sobre ellas como ojos de tigre! Hay una cueva llena de ruido. Siempre se oye en ella el trueno y nunca se ven los relámpagos. En su interior vive el diablo que mata á quien revela el secreto del oro.

—¿Hay mucho? ¿Has podido reunir algo?

—Con lo que recojas cuando te lleve allí podrás poner llantas de oro á las ruedas de tu coche, dar á tus soldados sables y fusiles de oro, comer en vajilla de oro, y convertirás en oro todo lo que es hierro.

Los dos europeos escuchaban sintiéndose aquella entusiasta revelacion.

—¿Qué camino tomaremos para llegar allí?

— Ya te lo diré cuando vuelva.
— ¿Te marchas?
— Me iré esta noche. Quiero ver por última vez á mi mujer. Está con su padre y con mi familia cerca de la cueva del demonio de oro. Temo por ella y la traeré aquí.

— ¿Es muy largo el viaje?
El joven piel-roja meditó un momento. En segrieda sucá de su calimbé varios pedacitos de madera de desigual longitud. Había seis de las mismas dimensiones, y contó:

— Seis días de navegación por el Maroní.
Tomó dos un poco más cortos, y añadió:
— Dos días en el riachuelo.
Quedaban tres tan largos como un dedo, y alineándoles junto á los otros, dijo:

— Tres días de marcha por el bosque. Después se encuentran siete montañas; son las montañas del oro.... Adios—dijo sin más preámbulo.— Dentro de un mes volveré con mi mujer.

— Espera á que amanezca. Ya es de noche.
Santiago se sonrió.
— El ojo del piel-roja penetra en las tinieblas. No teme la noche. El día es traidor y la noche es discreta. Nadie podrá seguir mis huellas. Adios.

— Hasta la vista, hijo mío—dijo el doctor abrazándole.

El comandante le acompañó hasta la garita del centinela, que no le hubiese dejado pasar sin dar el santo y seña, y luego desapareció en la oscuridad.

El espacioso alojamiento del comandante del presidio estaba desierto. Hacía mucho tiempo que se había tocado la retirada; los forzados dormían en sus cuadras vigilados por los centinelas del destacamento de infantería de marina, que tenían sus armas cargadas.

A pesar de tan minuciosas precauciones, de las rondas y de los gritos de ¡alerta! aquella conversación que los dos amigos podían considerar como secreta había tenido un oyente. Oculto entre un espléndido bosquecillo de ixoras y de rosales de la China, un hombre cuya presencia nadie hubiera podido sospechar había oído las frases cambiadas entre los dos blancos y el indio.

Cuando salió este último acompañado del comandante, el merodeador aprovechó el momento en que se despedían para abandonar su escondite y deslizarse arrastrando, sin hacer el más leve ruido. Después dió un salto y pasó precipitadamente por detrás del paseo de mangos que conducía al río distante, unos cuatrocientos metros. Corría sin tomar aliento y pudo adelantar al indio, que debía seguir necesariamente aquel camino para volver al embarcadero donde estaba su piragua.

Cuando llegó á los dos tercios del camino se detuvo y dió un silbido casi imperceptible. Á esta señal, que el oído ejercitado de un salvaje no hubiera percibido á algunos metros, dos hombres descalzos aparecieron silenciosamente.

— Cuidado—murmuró con voz ahogada.— Aquí está. Cojámosle. Nos va en ello la vida.

El indio había dicho: «La vista del piel-roja pene-

tra en las tinieblas; el día es traidor; la noche es discreta.» Las palabras del pobre joven iban á ser cruelmente desmentidas. Sus ojos, ofuscados todavía por la luz, no habían tenido tiempo para acostumbrarse á la oscuridad.

En medio del bosque, donde el peligro multiplica sus formas y es más frecuente, no se hubiera dejado sorprender. Pero ¿podía sospechar una emboscada en pleno país civilizado, con aquel lujo de fuerza armada?

De pronto, y sin dar tiempo para lanzar un grito, una mano de hierro que de improviso cayó sobre él le apretó la garganta, cortándole la respiración. En menos tiempo del necesario para referirlo estuvo en el suelo, y amarrado, hasta el punto de imposibilitarle para moverse. Uno de los raptores le colocó sobre sus hombros, y los tres desaparecieron como sombras, enfilando el sendero que se dirige aguas arriba del Maroní y se pierde en los bosques cerca del arroyo Baleta. Seguros de no ser perseguidos, pues aquel rapto se había verificado con tanta audacia como habilidad, disminuyeron la rapidez de su marcha y pronto llegaron á la desembocadura del riachuelo sin haber pronunciado una palabra.

— La escota—dijo en voz baja el hombre que llevaba al indio.

— Aquí está—respondió lacónicamente uno de sus compañeros, tirando de un bejuco que servía de amarra.

Por entre las plantas acuáticas apareció el negro casco de la piragua, una de cuyas puntas, encorvada como la de las gondolas, sobresalió de la orilla algunos centímetros.

El indio, inerte como un cadáver, fué colocado en el centro del ligero esquife.

— Embarcados. Vosotros.... á los paguyes. ¿Está todo preparado?

— Todo.

— ¡Avante!

La canoa se apartó á impulso de los paguyes, manejados silenciosamente por los tres desconocidos, que parecían conocer á fondo aquella boga, generalmente ignorada de los europeos. Sin tardanza abandonaron el territorio francés y se internaron en el río, dirigiéndose oblicuamente á la orilla holandesa. La marea alta les empujaba aguas arriba. Al poco rato pasaron la ranchería de Kœppler, costearon la orilla y dejaron de bogar.

— Hemos llegado—dijo el patron sin acercarse.

Silbó agudamente varias veces, modulando de cierta manera que recordaba las notas agudas del pito y que debían ser oídas desde muy lejos. Esperó algunos minutos sin obtener respuesta, volvió á empezar con paciencia y esperó de nuevo. Al cabo de un cuarto de hora largo, una voz ronca que parecía salir de debajo de la tierra gritó brutalmente:

— ¡Quién vive!....

— ¡Forzados escapados!—dijo.

— Acércate.

Amarró la piragua, y cargando con el indio, puso el pie en una pequeña lengua de tierra que formaba un desembarcadero. Sus dos cómplices le siguieron sin decir una palabra.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó la voz, mientras que al débil fulgor de las estrellas se veía relucir el cañón de una carabina.

— Soy yo, Benedicto; soy Tinguy, el asistente del comandante, Vengo con Bonnet y Mathieu.

— Si quisieras tragarte la lengua y no pronunciar mi nombre!....

— Si, jefe, tienes razón.

— Está bien. Vamos á la choza.

¿Cómo! ¿Aquel solitario, oculto como un jebali en



[¿Quién vive!]

su guarida, que cambia señas con los forzados, que mantiene con ellos conversaciones familiares hasta el punto de ser tuteado; aquel Benedicto, aquel jefe, es el mismo hombre á quien hemos visto hace diez años vistiendo el uniforme de los vigilantes militares? ¿Benedicto? ¿El brutal cabo de vara, el verdugo de Robin? ¿Se ha degradado hasta llegar á ser cómplice de los infames presidiarios?

Hacia cuatro años que Benedicto, expulsado por indigno del cuerpo de vigilantes militares, habia tenido que abandonar vergonzosamente á San Lorenzo, aborrecido por sus antiguos compañeros.

Cierto día desapareció, anunciando que iba á buscar fortuna á Surinam. Atravesó el Maroni, instalándose misteriosamente en el bosque, construyó una choza y se procuró una canoa, entregándose á una serie de operaciones de dudosa naturaleza. El más leve de sus pecados tra el contabando.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

— ¡Qué muchachos! decía. — ¿Serán pícaros?

Luégo quiso que Mattia, indudablemente más listo que yo, tocase una pieza. Así lo hizo, tomando su violín y ejecutando un wals.

— ¿Y no sabes ni una nota de música? — exclamó el peluquero palmoteando y dirigiéndose á Mattia como si le conociese de mucho tiempo.

He dicho que había varios instrumentos colocados en una especie de mostrador y otros colgados en la pared. En cuanto terminó su trozo de violín, tomó un clarinete.

— También toco el clarinete — dijo — y el cornetín de pistón.

— Veamos, toca — replicó Espinassous.

Mattia ejecutó un trozo en cada uno de aquellos instrumentos.

— ¡Este chiclelo es un prodigio! — exclamó Espinassous. — Si quieres quedarte conmigo te haré un gran músico; ¿lo oyes? un gran músico. Por la mañana afeitárs como yo, y el resto del día te haré trabajar; creo que soy un maestro capaz de instruirte, aunque sea peluquero; es preciso comer, beber y dormir, para lo cual hace falta dedicarse á cortar el pelo. A pesar de haber hecho la barba á muchas personas, no deja de ser Jasmin el mejor poeta de Francia; Agen cuenta entre sus hijos más famosos á Jasmin, Mende tiene á Espinassous.

Al oír el final de este discurso miré atentamente á Mattia. ¿Qué iba á responder? ¿Perdería mi amigo, mi camarada, mi hermano, como había perdido á todos los que amaba? Esta idea me entristeció bastante, pero no me dejé dominar por ella.

Mi situación se parecía mucho á aquella en que me vi cuando Mme. Milligan pidió á Vitalis que me dejase á su lado; con arreglo á la conducta de mi amo no quise tener motivo para dirigirme las mismas convenciones.

— No tengo otro cariño que el tuyo, Mattia — le dije con acento conmovido.

Pero él se acercó á mí y me cogió la mano.

— ¡Abandonar á mi amigo! ¡Nunca podría hacerlo! Muchas gracias, M. Espinassous.

Insistió el peluquero diciendo que en cuanto Mattia hubiese terminado la primera educación, encontraría medio de enviarle á Toulouse y luégo al Conservatorio de París; pero Mattia contestaba invariablemente:

— ¡Jamás abandonaré á Kemí!

— Como quieras, hijo mío, pero deseo hacer algo

por tí — dijo Espinassous. — Voy á darte un libro en el que aprenderás lo que ignoras.

Y se puso á buscar en algunos cajones. Al cabo de un buen rato encontró el libro que se titulaba: *Teoría de la Música*; estaba muy viejo y deteriorado; ¿pero qué importaba?

Tomó una pluma y escribió en la primera página: «Regalo para el niño, que cuando sea un gran artista no dejará de acordarse del peluquero de Mende.»

Ignoro si habría en Mende otros profesores de música además del barbero Espinassous, pero á él fué á quien conocí y al que nunca hemos olvidado ni Mattia ni yo.



Voy á darte un libro en el que aprenderás lo que ignoras.

CAPÍTULO XXIX.

LA VACA DEL PRÍNCIPE.

Grande era mi cariño por Mattia cuando entramos en Mende, pero aún era mayor cuando salimos de aquella ciudad. ¿Hay algo mejor y más dulce para la verdadera amistad que saber con certidumbre que nos aman aquellos á quienes amamos?

¿Cuál otra prueba más evidente de su afecto podía

darme Mattia que rechazar, como había hecho, la proposición de Espinassous, es decir, la tranquilidad, el bienestar, la instrucción en el presente y la fortuna en el porvenir, para compartir conmigo la vida aventurera y azarosa?

No pude manifestarle delante de Espinassous la emoción que me causó su exclamación: — ¡Abandonar á mi amigo! — Pero cuando salimos le rogué por la mano y se lo estreché diciéndole:

— ¿Sabes que somos amigos hasta la muerte?

Se echó á reír mirándome con sus grandes ojos.

— Ya lo sabía antes de ahora — dijo.

Mattia, que tan poco aficionado era á la lectura, hizo grandes progresos desde el momento en que empezó á leer la *Teoría de la música*, de Kuhn. Por desgracia no pude hacerle trabajar tanto como hubiera querido y como él mismo deseaba, pues nos veíamos obligados á caminar desde la mañana hasta la noche, haciendo largas jornadas para atravesar lo más pronto posible las comarcas de *Lozère* y de *Auvergne* tan poco hospitalarias para los cantores y músicos ambulantes. En aquella pobre tierra, el campesino, que gana poco, no se decide á poner mano en el bolsillo; escucha con agrado todo lo que se toca, pero cuando sospecha que va á empezar la colecta da media vuelta y se marcha.

Pasando por *Saint-Fleur* ó *Issoire*, llegamos, por fin, á los establecimientos de baños, jefe de nuestra expedición, y vemos que eran ciertas las noticias del domador de osos. En la *Bourboule* y en *Mont-Doré* sobre todo, conseguimos grandes ganancias.

Debo confesar que este admirable resultado se debió á la habilidad y al tacto de Mattia. En cuanto veía yo una cantidad de gente reunida, tomaba el arpa y me ponía á tocar todo lo mejor que me era posible, pero con cierta indiferencia. Mattia no observaba esta conducta casi primitiva, y antes de tomar el violín ó su corpetto de pistón estudiaba al público y al poco tiempo comprendía si era preciso tocar ó no, y en caso afirmativo, cuáles piezas debían ser ejecutadas.

En la escuela de *Garofoli*, que explotaba en alto grado la caridad pública, era donde había aprendido con todos sus detalles el difícil arte de obligar la simpatía ó la generosidad del público. Desde el primer momento en que le vi en el camaranchon de la calle de *Loureine* me llenó de asombro al explicarme las razones que decidían á los transeúntes á echar mano al bolsillo; pero me asombró mucho más cuando le vi practicar aquellas teorías.

En los establecimientos de baños fué donde desplegó toda su destreza con el público de París, su antiguo público, al que conocía perfectamente y al que volvía á encontrar allí.

— ¡Cuidado! — me decía cuando veíamos venir hácia nosotros alguna mujer jóven y entutada, por las alamedas del *Capucin* — es preciso tocar cosas tristes, tratemos de enternecerla haciendo que recuerde al sér perdido; si llora, hemos triunfado.

Y nos poníamos á tocar tan melancólicamente que nuestra música partía los corazones.

En los paseos de las cercanías de *Mont-Doré* hay

algunos sitios que se llaman salones, y que son unos grupos de árboles bajo cuya sombra pasan los bañistas disfrutando del aire libre. Mattia estudiaba al público de aquellos frescos lugares y con arreglo á sus observaciones disponíamos el orden de nuestros conciertos.

Si veíamos algún enfermo sentado en una silla, con aspecto triste, pálido, desahogado y la vista extraviada, nos guardábamos muy bien de plantarnos delante de él para arrancarle á sus melancólicos pensamientos. Colocados á gran distancia, empezábamos á tocar como para nosotros solos, y aplicándonos conienzadamente, con el rabillo del ojo observábamos al enfermo: si nos miraba con ira, desfilábamos al punto; si nos escuchaba con placer, nos acercábamos, y *Capi* podía presentar su laudaja sin temor de ser arrojado á puntapiés.

Pero con quien Mattia lograba sus mayores triunfos era con los niños; el arco de su violín parecía prestarles piernas para bailar y su sonrisa les hacía oír áun cuando estuviesen de mal humor, ignora cuáles eran los resortes de que se valía, pero el resultado era que ganaba dinero, que se hacía simpático y que le adoraban.

El éxito de nuestra campaña fué verdaderamente maravilloso; pagados todos nuestros gastos, obtuvimos un producto líquido de sesenta y ocho francos.

Sesenta y ocho francos y ciento cuarenta y seis que teníamos en caja, sumaban doscientos noventa francos; había llegado el momento de dirigirnos sin tardanza hácia *Chayanon* pasando por *Ussel*, en donde, según nos dijeron, se celebraría pronto una feria importante.

Una feria, esto era lo que necesitábamos. Al fin podríamos comprar aquella famosa vaca de que hablabamos tan á menudo y para cuya adquisición habíamos hecho tantas economías.

Hasta entonces no habíamos tenido más placer que el de acariciar nuestros sueños y de hacerlos tan hermosos como nuestra imaginación lo permitía; era preciso que nuestra vaca fuese blanca según los deseos de Mattia; según los míos debía ser roja, en recuerdo de nuestra pobre *Roussette*; sería mansa y daría muchos cubos de leche; todo esto era soberbio y admirable.

Mas era necesario pasar de la fantasía á la realidad, y aquí daban principio nuestros apuros.

¿De qué manera escogeríamos nuestra vaca con la certidumbre de que reuniría las condiciones apetecidas? El caso era grave. ¡Qué responsabilidad! Yo ignoraba los caracteres que sirven para reconocer una buena vaca, y Mattia estaba tan ignorante como yo.

Lo que aumentaba nuestra inquietud eran las singulares historias que habíamos oído contar en las posadas, desde que se nos puso en la cabeza la idea de comprar una vaca. Chulan de caballos ó de vacas y autor de trampas y de engaños es todo uno. Algunos de aquellos relatos se nos habían quedado en la memoria para tormento nuestro: un labriego compra en la feria una vaca que tiene la cola más hermosa que haya tenido ninguna vaca en el mundo; con se-

mejante cola puede espantarse las moscas hasta el hécico, y esto, como ya se sabe, es una gran ventaja; vuelve á su casa con aire de triunfo, pues verdaderamente no le ha costado mucho el animal; va á verle al siguiente día y ha desaparecido la magnífica cola del siguiente, que estaba pegada á una especie de muñon, es decir, que era una pencea, una cola postiza. Otro aldeano compró una vaca que tenía los cuernos también postizos; otro quiso ordeñar en vaca y vió que tenía la teta hinchada y que no daba ni dos vasos de leche cada veinticuatro horas. Es preciso que no nos sucedan perances parecidos á estos.

En cuanto á la cola postiza no abriga Mattia temor alguno; se colgará con toda su fuerza de las colas de todas las vacas que nos agraden y tirará de tal modo que si están pegadas se despegarán al punto. Respecto de las tetas hinchadas, tiene también un procedimiento muy seguro, que consiste en pincharlas con un alfiler gordo y largo.

Indudablemente son eficaces estos medios si la cola es postiza y si la teta está hinchada; pero si la cola es auténtica ¿no corre el peligro de que la vaca envíe una buena coz á la cabeza del que esté tirando de su apéndice caudal, haciendo lo mismo si siente un cuerpo extraño y aguzado que se introduce en sus carnes?

La prospectiva de recibir una coz calma un poco la imaginación de Mattia y quedamos entregados á nuestra incertidumbre; en verdad sería muy desagradable regalar á la tía Barbera una vaca que no diera leche y que no tuviese cuernos.

Entre las historias que oímos referir hay una en la cual desempeña un veterinario un papel terrible, al menos respecto del tratante en vacas. Si apelásemos á los conocimientos de un alféitar para que nos diese su opinión, haríamos un gasto, es cierto, pero ¿cuánto contribuiría á tranquilizarnos?

Después de pensarlo mucho adoptamos este partido que, bajo todos los aspectos era el más prudente, y continuamos nuestro camino llenos de alegría.

La distancia de Mont-Doré á Ussel no es larga; empleamos dos días en recorrerla y llegamos á Ussel á buena hora.

Allí me encontraba, por decirlo así, en mi tierra; en Ussel fué donde me presenté por vez primera en público representando *El criado de M. Joli-Cœur*, y *El más animal de los dos no es el que se cree*, y en Ussel fué también donde Vitalis me compró mi primer par de zapatos claveteados que me hicieron tan feliz.

¡Pobre *Joli-Cœur*, ya no estaba allí con su hermosa casaca encarnada de general inglés, y *Zerbino* con la linda *Dolce* también faltaban!

¡Pobre Vitalis! Le había perdido y no volvería á verle marchar con la cabeza alta, el pecho sacado, marcando el paso con los pies y con los brazos y tocando un vals en su penetrante píftano.

De seis que entonces éramos, solamente dos vivían: *Capi* y yo.

Estos recuerdos hicieron muy melancólica mi entrada en Ussel. Á pesar mío me figuraba descubrir detrás de una esquina el sombrero de fieltro de Vita-

lis, pareciéndome escuchar la voz que tantas veces había sonado en mis oídos: ¡jadelante!

La tienda del ropavejero á la que me llevó Vitalis para vestirme de artista, contribuyó á sacarme de mis tristes meditaciones; la encontré igual que la vez primera cuando bajó sus tres resbaladizos escalones. En la puerta se balanceaba el mismo traje galoneado que me produjo tanta admiración, y en la muestra estaban colgados los mismos fusiles viejos y las mismas vetustas lámparas.

Quise enseñar á Mattia el sitio en que había hecho mi estreno, desempeñando el papel de criado de *M. Joli-Cœur*, es decir, el más animal de los dos.

Después de haber dejado nuestros zurreros y nuestros instrumentos en la posada donde me alojé con Vitalis, nos pusimos en busca de un veterinario.

No bien oyó el alféitar nuestra pretensión, se echó á reír á carcajadas.

— En este país no hay vacas sabias — nos dijo.

— No necesitamos una vaca que sepa dar saltos, sino que dé mucha y buena leche.

— Y que tenga verdadera cola — añadió Mattia, atormentado siempre por la idea de la cola postiza.

— En una palabra, señor veterinario, venimos á pedirnos que nos auxiliéis con vuestra ciencia á fin de no ser robados por los chalanos de vacas.

Pronuncié estas palabras tratando de imitar el tono de gran señor que Vitalis adoptaba cuando quería captarse la simpatía de las gentes.

— ¿Y para qué diablos queréis una vaca? — preguntó el veterinario.

En pocas palabras le expliqué el objeto de nuestra compra.

— Sois unos buenos muchachos — dijo — mañana temprano os acompañaré al campo donde se celebra la feria, y os prometo que la vaca que compremos no tendrá la cola postiza.

— ¿Ni cuernos pegados? — preguntó Mattia.

— Ni cuernos pegados.

— ¿Ni la teta hinchada?

— Será una hermosa vaca; pero si queréis comprarla es preciso que tengáis dinero.

Sin contestar una palabra desaté un pañuelo en el que llevaba mi tesoro.

— Muy bien. Venid á buscarme mañana á la siete.

— ¿Cuánto os debemos, señor veterinario?

— Absolutamente nada; ¿queréis que tome dinero de unos chicos tan honrados como vosotros?

Yo no sabía de qué manera recompensar á aquel excelente hombre; pero Mattia tuvo una idea.

— Señor veterinario, ¿os gusta la música? — le preguntó.

— Mucho, hijo mío.

— ¿Os acostáis temprano?

Á pesar de la incoherencia de estas preguntas, respondió el veterinario:

— Al dar las nueve.

— ¡Gracias! Hasta mañana á las siete.

Comprendí al punto cuál era la intención de Mattia.

— ¿Quieres dar un concierto en obsequio del veterinario? — dije.

— Precisamente, una serenata á la hora de acos-

tarse; esto se hace con las personas á quien se quiere.

—Has tenido una gran idea; volvamos á la posada y ensayemos las piezas que hemos de ejecutar; no debe uno molestarle por el público que pague, pero cuando pague uno mismo es preciso tocar lo mejor posible.

Á las nueve ménos cinco minutos llegamos delante de la casa del veterinario, Mattia con su violín y yo con mi arpa; la calle estaba oscura porque debiendo aparecer la luna á las nueve, se había creído convenientemente no encender los faroles; las tiendas estaban cerradas y los transeúntes eran muy escasos.

Cuando dió la primera campanada de las nueve empezamos, y en aquella estrecha y silenciosa calle resonaron nuestros instrumentos como en la sala más sonora. Abriéronse las ventanas y vimos aparecer algunas cabezas cubiertas con gorros de dormir, chales y pañuelos: de una á otra casa se entablaba diálogos cuyos interlocutores manifestaban la mayor sorpresa.

La casa de nuestro amigo el veterinario ostentaba en uno de sus ángulos una elegante torrecilla, por una de cuyas ventanas asomóse aquí para ver quién tocaba.

Indudablemente nos reconoció comprendiendo nuestra intención, porque hizo una seña con la mano para que callásemos.

—Voy á abrir la puerta — dijo — y tocaréis en el jardín.

Al poco rato se abrió la puerta de la casa y entramos en ella.

—Sois unos muchachos excelentes — dijo dando á cada uno un golpecito en el hombro — pero un poco aturdidos: ¿no habeis pensado que algún guardia de seguridad podía haberos detenido por causar escándalo en la vía pública?

Reanudamos nuestro concierto en el jardín, que no era muy grande, pero que estaba cuidadosamente adornado con multitud de flores y plantas trepadoras.

Como el veterinario era casado y con algunos hijos, no tardamos en tener un público; pusieronse luces debajo del emparrado y estuvimos tocando hasta cerca de las diez; cuando acabábamos un trozo recibíamos entusiastas aplausos y nos pedían que tocásemos aún más.

Si el veterinario no nos hubiera presto en la calle, creo que por gusto de los niños hubiéramos seguido tocando una buena parte de la noche.

—Dejadles que vayan á acostarse — les dijo; — mañana á las siete deben estar aquí.

Pero no permití que nos marchásemos sin ofrecernos una cena muy agradable; entonces, y por agradecimiento, ejecutó Copi algunos de sus más graciosos ejercicios, con gran alegría de los niños. Por último, nos fuimos á las doce de la noche.

La ciudad de Ussel, tan tranquila el día anterior, estaba por la mañana llena de animacion y de bullición; antes de salir el sol habíamos oído un ruido incesante de carros mezclado al relincho de los caballos, al mugido de las vacas, al balido de las ovejas y á los gritos de los labriegos que llegaban á la feria.

Cuando bajamos de nuestro aposento estaba el patio de la posada lleno de carretas atadas unas con otras; llegaban vehículos de todas clases, de los cuales salían campesinos vestidos con sus trajes de día de fiesta, que cogían á sus mujeres en los brazos para dejarlas en el suelo; una vez apeados limpiábanse todos el polvo y las mujeres se arrojaban sus faldas.

En la calle no se veía más que grupos de gente que se dirigían al campo de la feria; todavía no eran más que las seis, y como teníamos tiempo fuimos á pasar una especie de revista á las vacas que ya habían llegado.

¡Ah! ¡ Cuántas y cuán hermosas eran! Las había de todos colores y tamaños; unas gordas, otras flacas, éstas con sus terneros, aquellas arrastrando sus tetas llenas de leche. En la feria veíamos también numerosos caballos, yeguas que amamantaban á sus potros, enormes cerdos revolotándose en los hoyos que habían hecho, lechones que daban alaridos como si los desollasen vivos, carneros, gallinas y patos. Pero ¿qué nos importaba todo aquello? No teníamos ojos más que para las vacas, que sufrían nuestro examen entornando los párpados y moviendo lentamente la mandíbula mientras rumiaban la comida de la noche anterior, seguras de que ya no comerían la hierba de las praderas en que se habían criado.

Al cabo de media hora de paseo habíamos encontrado lo ménos diez y siete que nos satisfacían por completo, ésta por una cualidad, aquella por otra, tres porque eran rojas, dos porque eran blancas; es inútil decir que Mattia y yo entablamos luminosas discusiones.

Á las siete encontramos al veterinario que nos esperaba, y con el cual volvimos al campo de la feria, explicándole de nuevo las cualidades que exigíamos en el animal que hubiéramos de comprar.

Dichas cualidades se reducían á dos: dar mucha leche y comer poco.

—He aquí una que debe ser buena — dijo Mattia señalando á una vaca blanquecina.

—Me parece que ésta es mejor — dije indicando una roja.

El veterinario nos puso de acuerdo no deteniéndose delante de ninguna, sino mirando hacia una tercera, pequeña, con las piernas delgadas, de pelo casi encarnado, con las orejas y las mejillas morenas, los ojos rodeados de negro y un círculo blanquico en torno del hocico.

—Aquí tenéis una vaca de Rouergne, que es precisamente la que os hace falta — dijo.

Á un campesino de miserable aspecto, que la tenía por el ramal, divigióse el veterinario para saber por cuánto dinero quería vender su vaca.

—Trescientos francos.

Aquella pequeña vaca, de finas formas y de fisonomía inteligente, nos había seducido; pero al oír el precio se nos cayó el alma á los piés.

¡Trescientos francos! Era imposible que nosotros diéramos semejante cantidad. Hice una seña al veterinario para decirle que debíamos pasar adelante, pero él me hizo otra indicándome que debíamos insistir.

Entonces se entabló una discusión entre el campesino y el. Ofrecióle ciento cincuenta francos; el labriego rebajó diez; subió el veterinario hasta ciento setenta; el dueño de la vaca bajó á doscientos ochenta.

Pero, en cuanto llegaron á este punto, no continuaron las cosas de igual modo, y empezamos á perder las esperanzas. En vez de ofrecer comenzó el veterinario á examinar la vaca detalladamente; tenía las piernas demasiado delgadas, el pescuezo muy corto y los cuernos larguísimos; parecía de pulmones y las tetas no estaban bien conformadas.

Respondió el campesino diciendo que, puesto que éramos tan conocedores, nos daría su vaca por dos-

cientos cincuenta francos, á fin de que estuviese en buenas manos.

Desde aquel instante nos asaltaron serios temores, creyendo que la vaca estaría llena de alifafes.

—Vamos á ver otras—dijo.

Al oír estas palabras hizo el dueño un esfuerzo, y disminuyó el precio en diez francos.

Por último, de disminución en disminución llegó hasta doscientos diez francos, y no quiso pasar de esta cantidad.

Con el auxilio de un codazo nos dió á entender el veterinario que no era verdad lo que decía de la vaca, y que, en vez de ser mala, era excelente; pero dos-



La arrancó un largo pelo de la cola, no sin que el animal le aplicase una buena coz.

cientos diez francos representaban un gasto imposible para nosotros.

Entretanto dió Mattia una vuelta al rededor de la vaca y la arrancó un largo pelo de la cola, no sin que el animal le aplicase una buena coz.

Aquella prueba acabó de decidirme.

—Sea en los doscientos diez francos—dijo—creyendo que todo estaba concluido.

Alargué la mano para coger el ramal, pero el campesino no me le dió.

—¿Y la dechala?—me dijo.

Suscitóse un nuevo debate, y al fin cedimos á la exigencia. Ya no nos quedaban más que tres francos.

Volví á alargar la mano, y el labriego me la estrechó en señal de amistad.

Pero como ya éramos amigos, no debía olvidarme de una copa de vino.

La dichosa copa nos costó diez sueldos.

Por tercera vez traté de coger el ramal, pero mi amigo el labriego me detuvo.

—¿Habeis traído una cabezada?—me dijo—vendo la vaca, pero no pienso vender la cabezada suya.

Sin embargo, dada nuestra amistad, tuvo á bien cedermela la cabezada mediante el módico precio de treinta sueldos; no era muy cara.

Como necesitábamos una cabezada para conducir

la vaca, transigi dándole los treinta sueldos y calculando que áun nos quedarían veinte.

Contaba con desembolsar doscientos trece francos, y por cuarta vez alargué el brazo.

—¿Dónde está vuestro ramal?—preguntó el aldeano—os he vendido la cabezada, pero no el ramal. Dinos por él veinte sueldos; los únicos que nos quedaban.

En cuanto los hubimos pagado nos fué entregada la vaca con su cabezada y su ramal.

Éramos dueños de una vaca, pero no teníamos un solo sueldo para alimentarla ni para alimentarnos á nosotros mismos.

—Vamos á trabajar—dijo á Mattia—los cafés están llenos de gente; separádonos, podemos tocar en todos y lograr una buena ganancia.

Llevamos la vaca al establo de la posada, y después de atarla con muchos y fuertes nudos, nos pusimos á trabajar aisladamente; y cuando por la noche ajustamos nuestras cuentas vi que la ganancia de Mattia era de cuatro francos cincuenta céntimos, y la mía de tres francos.

Con siete francos cincuenta céntimos éramos ricos.

Pero la alegría de haber ganado siete francos y medio era muy pequeña comparada con la de haber gastado doscientos catorce.

Hicimos que la cocinera ordeñase nuestra vaca, y cenamos con su leche; nunca la habíamos bebido tan buena como aquella; Mattia declaró que estaba azucarada y que olía á flor de naranja como el cocimiento que bebía en el hospital, pero mucho mejor.

Domínados por el entusiasmo fuimos á besar á

nuestra vaca en el hocico, y ella debió agradecer estas caricias, porque nos lamó la cara con su áspera lengua.

— También sabe besar — exclamó encantado Mattia.

Para comprender la dicha que experimentábamos



Domínados por el entusiasmo fuimos á besar á nuestra vaca.

al abrazar á nuestra vaca y al ser acariciados por ella, es preciso recordar que ni Mattia ni yo estábamos mimados por abrazos y caricias; nuestra vida no se había parecido en nada á la de esos niños fastidiosos que se niegan á recibir besos de sus madres.

Al día siguiente nos levantamos en cuanto rayó la aurora, poniéndonos en marcha hácia Chavanon.

Como estaba muy agradecido por el concurso que me prestó Mattia, sin el cual nunca hubiera logrado reunir la enorme suma de doscientos catorce francos,

quise darle el placer de llevar la vaca, con gran satisfacción suya. El la conducía por el ramal, y yo marchaba detras. Hasta que salimos de la ciudad no me coloqué á su lado para hablar, como de costumbre, y sobre todo para mirar de frente á nuestra vaca; jamas habia visto ninguna tan hermosa.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POB D. JOSÉ MORENO FUENTES.

—Señora, yo.... Vál.... Válgame San.... En fin, ¡cien vendabales! Si os parece, descansad aquí un momento á la sombra de estos árboles, mientras yo voy algunas de aquellas frutas de las que el doctor llama anones.... Hay que pensar en comer algo.

¿De qué imprevisto azar de la fortuna era juguete la esposa del capitán Ballesta? Pronto lo sabrís, lector amigo.

III.

En la tarde del citado día causó viva impresion y regocijo á los expedicionarios españoles la presentación de *Urdemalas* en el campamento.

Venía enflaquecido, mal tratado; no contestaba á los halagos que se le hacían; exhalaba de vez en cuando lúgubres aullidos, y corría de un lado para otro como si buscase á alguien.... Después se encaminaba á las habitaciones que ocupaba Clotilde en el fuerte; y como no la encontraba en ellas, emprendía de nuevo su investigación por el campamento y sus alrededores.

Don Félix, que llevaba la muerte en el alma, como suele decirse, desde la desaparición de su esposa, resolvió utilizar la inteligencia de *Urdemalas* en descubrir lo que de Clotilde y del buen *Borrasca* hubiera podido ser.

Desde tres días ántes no habian cesado un momento de practicarse las más minuciosas exploraciones por los terrenos inmediatos; pero entónces era preciso, segun manifestaba D. Félix, organizar una fuerte expedición, y fiándose de la sagacidad del perro, ir hasta donde él la llevase.

Ademas, sin saber por qué, singular y peregrina idea se había posesionado de su cerebro con abrumadora tenacidad.

No se perdió un instante; treinta hombres armados hasta los dientes, con el capitán y el doctor á la cabeza, reuniéronse en las cercanías del fuerte; dos marineros estaban encargados de la custodia de *Urdemalas* y de servir de exploradores al resto de la fuerza.

Los guardianes del perro le llevaron á la entrada del fuerte, y uno de ellos, despues de darle á oler una prenda del uso de su ama, púsole una mano en la cabeza y le dijo de esta suerte:

— ¡Busca, *Urdemalas*!; busca á la capitana! ¡Búscala!; búscala!

El inteligente sabueso lanzó algunos formidables ladridos, y despues de olfatear y recorrer cien veces

el terreno que ante él se extendía, partió de repente disparado hácia la entrada del bosque de palmeras.

Sin duda era aquélla la dirección que cuatro días ántes habia seguido con su ama el contramaestre. Los dos exploradores marcharon en pos de *Urdemalas*, y detras de ellos el resto de la expedición, que iba aprovisionada de víveres para ocho días.

El sabueso, embiesta la cola, arqueadas las orejas, rastreando sin cesar el suelo, corría casi en línea recta por la accidentada llanura. Alguna que otra vez volvíase hácia los expedicionarios y prorumpía en alegres ladridos y murrillos, como si quisiera manifestarles que se hallaba satisfecho de su gestión exploradora, que seguía el buen camino, que estaba sobre la pista; despues tornaba á emprender su carrera con mayores bríos que anteriormente.

Tan luego llegó al bosque, penetró en él con ademan resuelto, á pesar de las altas hierbas y los espesos matorrales que le interrumpían el paso.

De esta suerte llegó á un claro de la selva; las pequeñas gramíneas que en aquel lugar alfombraban el suelo aparecian rotas, tronchadas, como si se las hubiese pisoteado violentamente; veíanse con toda distinción huellas de pasos, pero no eran uniformes ni seguían una línea determinada; presentábanse en desorden, contrapuestas; parecían el resultado de una lucha.

No dejaron los expedicionarios de hacer las precedentes observaciones. *Urdemalas* iba de un lado á otro y daba vueltas al rededor del claro, inquieto, afanoso.

— ¡Busca, *Urdemalas*, busca! — decíanle los marineros excitando su instinto de investigación.

Pero el inteligente animal respondía con tristes aullidos á aquellas palabras, y redoblaba su actividad rastreando el suelo, removiendo con el hocico las aplastadas hierbecillas, y aspirando con su membrana pituitaria todas las emanaciones que flotaban en el ambiente y se desprendían de la tierra.

De pronto púsole á ladrar furiosamente, y dando un salto vigoroso penetró por en medio de la inextricable hojarasca que circunía el claro del bosque en dirección al O.; detras de él se precipitaron, abriéndose paso con las hachas, el capitán Ballesta y sus marineros.

CAPÍTULO XI.

FURRA DEL BOSQUE.—LA SELVA PORTENTOSA EN LOSTANANCA.—EN LAS OMBELAS DE UN RÍO CAUDALOSO.—SITUACIÓN ANGSTOSA.

I.

El tiempo trascurre rápidamente. *Urdumalas*, con barto contentamiento de los expedicionarios, parecía recorrer con entera confianza el rastro de Clotilde; apenas se detenía alguna que otra vez para aguardar á su amo y tomar aliento.

De esta suerte atravesaron los españoles todo el bosque de palmeras, que media muchos kilómetros de extensión; en recorrerlo invirtieron más de quince horas; sin embargo, es preciso tener en cuenta que la marcha hizo en algunos momentos tan difícil y penosa, que sólo podían avanzar lentamente, poco á poco, por en medio de los arbustos, altas hierbas, lianas, bejucos y plantas parásitas, que por todas partes les cerraban el camino.

Apenas traspusieron el bosque hicieron alto para tomar algún alimento y reponerse del cansancio que les abrumaba. Empero la detención fué muy corta; desde el cañan al último de los hombres que le acompañaban, todos sentíanse poseídos de febril impaciencia; todos ansiaban llegar cuanto antes al fin que se proponían, y estaban resueltos á no excusar fatigas ni á rebuir peligro alguno con tal de obtener en sus pesquisas el más satisfactorio éxito.

Emprendieron, pues, la marcha cuando sólo habían trascurrido dos horas desde que hicieron alto.

Á la salida del bosque presentábase el terreno en una anchura faja sumamente accidentado y escabroso; le sombreaban de trecho en trecho algunos roblecillos blancos y aislados grupos de acacias espinosas; también grandes manchones de altas leguminosas mostrábanse acá y allá con todo el exuberante desarrollo que adquieren en los climas expuestos más directamente á la influencia de la luz y de los rayos solares.

En lontananza, veíase de N. á S., en cuanto alcanzaba la vista, una larga línea oscura, ondulada, que se destacaba vigorosamente sobre el azulado matiz de enhiestas montañas, cuyas cúpides, coronadas de nieves perpétuas, reverberaban en sus ángulos salientes las pálidas luces del sol polar.

II.

—¿Qué significará, doctor amigo — dijo á la sazón el capitán Ballesta — esa extensa faja, que serpentea casi en el horizonte delante de aquellas montañas que le limitan?

—Hace tiempo — repuso el señor Poey — desde que hemos salido del bosque de palmas, como le llaman en mi país, que vengo observando con mi anteojo de largo alcance lo que tanto os llama la atención; y tengo para mí, ó mucho me equivoco, que esa línea que presenta un color verdoso, negruzco, casi azulado, es la representación de la selva que hemos denominado *Portentosa*.

—¿Cómo! ¿creéis que esos bosques abarquen tan considerable, tan dilatada extensión?

—Sí; por lo que veo, es posible conjeturar que esa faja de terreno prehistórico atraviesa este continente, si tal nombre le podemos dar, desde el hemisferio oriental al opuesto. Bien sabéis, don Félix, que en remotos tiempos las selvas formaban en la superficie de los grandes continentes una extensa red de vegetación, á semejanza del enlazamiento que guardan entre sí las altas cordilleras y las aguas de los ríos. Aún existen hoy parte de los inmensos bosques en que há más de veinticuatro siglos celebraban los antiguos druidas las ceremonias religiosas con que cogían el sagrado maná; todavía se hallan en pedregales considerables trozos de los Ardennas, que muchos siglos de Julio César ocupaban gran parte de Francia y Bélgica; también la Selva Negra y la de Bohemia son restos de la de Ibernia, que en otras edades ocupaba toda la Germania é invadía la Transilvania; y adviértase que estos bosques seculares son relativamente jóvenes, si se les compara con el que tenemos á la vista; el terreno que éste ocupa se halla á muchos metros más bajo que el nivel de los que en su dilatado trayecto le limitan; por lo dicho, sólo vemos desde aquí, como celebrando á flor de tierra, las cimas de sus gigantescos árboles. Tal vez en épocas que ni aproximadamente es posible determinar, un anchuroso brazo del Océano Austral llevaba el vasto cauce que hoy ocupa esa dilatada selva; y cuando por efecto de algun cataclismo ó revolución geológica retiráronse de él las aguas, dejaron quizás en el limo espeso que cubría las rocas y en las arenas del fondo los gérmenes vegetales, que sólo necesitaban luz y calor para crear ese resto de mundo antediluviano.

—Me asalta un temor.... — dijo entonces el capitán, como si hablára consigo.

—¿Cuál? Decid, don Félix.

—Si Clotilde impudentemente se ha aventurado en esos bosques peligrosos....

—¡Bah! no es posible. Tranquilizaos. ¿Cómo habia vuestra esposa de alejarse tanto del campamento? Tened presente que esos bosques, á causa de especiales condiciones de perspectiva, parece como que los tocamos con la mano, hallándose, en realidad, á una distancia de veinticinco á treinta kilómetros, si no me engaño.

—Es verdad, doctor; pero las apariencias de proximidad pueden haber engañado á Clotilde.

—Concedido; ¿mas hubiérase engañado del propio modo un tan experimentado hombre de mar como *Borrasca*?

Calló don Félix, porque no podía á esta observación oponer reparo alguno. Su cerebro abismáse en aquel instante en el tenaz pensamiento que, según indiqué en otra ocasión, le atormentaba desde cuatro días atrás. Á nadie le habia comunicado aún, ni el mismo doctor Poey, para quien nada reservado tenía.

III.

Entre tanto, *Urdumalas* continuaba avanzando hacia el O, seguido de los diez exploradores y del resto

de la fuerza. No parecía equivocarse el inteligente felino en la ruta que llevaba; á menudo advertían los expedicionarios, en parajes en que la tierra se hallaba algo húmeda, las huellas de pies calzados con gruesos botas, pues así lo indicaban las señales que sus clavos dejaron marcadas en el blando suelo. Evidentemente, alguien les había precedido.

Pero entre dichas huellas no se encontraban las de los pequeños pies de Clotilde, ni podían referirse sólo á los de *Borrasca* las muchas que en algunos reducidos espacios quedaron impresas.

Hizo repetidas veces estas observaciones el dignísimo doctor, y en una de ellas, volviéndose hacia el capitán, exclamó:

— Ciertamente que *Urdemalas* nos lleva sobre la pista de gacetas que por aquí han pasado; pero nada nos revela que vaya vuestra esposa en su compañía.

— ¿Y si la infeliz no marcha, doctor, por sus pies? Tal vez se la conduce de modo que nos desorienta y confunde.

— Pero, amigo mío, ¿quién, por qué ni para cuáles fines hubiera acometido semejante empresa? ¿Supone que haya sido víctima de un raptó, de un secuestro, si mejor os parece?

— ¡Ah! sí — exclamó con impetuosidad Ballesta, revelando parte del pensamiento que le torturaba.

— Temo adivinarlo, capitán. ¿Creeis...?

— Su padre... ¡su padre es capaz de todo!

Pasaron horas y horas, y al siguiente día, cuando éste mediaba, llegaron los exploradores, guiados siempre por el perro, á la orilla de un caudaloso río, que tendría cincuenta ó más metros de anchura.

Por el gran declive de su lecho en aquellos parajes llevaba tan impetuosa corriente, que sus aguas elevaban con gran violencia contra las rocas y arrecifes que interceptaban su curso.

Sus orillas, en una y otra márgen, aparecían festoneadas por multitud de vegetales acuáticos; aglomerábanse en ellos juncos, espadañas y erguidos cañizales, que servían como de sustentáculos á inmensos bambús (1), de los cuales median algunos veinticinco centímetros de diámetro, y á espesos bosques de mangles (2), que se elevaban á ocho ó nueve metros de altura.

Sobre la superficie de las impetuosas y transparentes aguas levantaban su enorme cabeza y negrozco dorso multitud de caimanes y aligatores.... El río parecía estar cuajado de estos monstruosos anfibios.

Sin embargo, en el paraje á que abrieron los exploradores no eran tan numerosos como más abajo, en que las aguas corrían con menos rapidez; en aquella especie de remanso solazábanse algunos tomando el sol; otros yacían inmóviles en la superficie, semeñando á lo lejos enormes troncos de árboles; estaban dormidos.

Urdemalas, inquieto, desasosegado, corría de un lado á otro por la orilla; en vano sus órganos olfato-

rios aspiraban las emanaciones del ambiente; en balde rastreaba la arena, los guijos y las plantas acuáticas.... ¡había perdido la pista! Su excitación aumentaba por instantes; pegaba la nariz al suelo, corría, saltaba de una parte á otra sin darse un momento de reposo....

Los expedicionarios observaban sus evoluciones poseídos de ansiedad. De pronto sintiéronse vivamente impresionados por los quejumbrosos aullidos que empezó á exhalar *Urdemalas*....

Corrieron á donde el animal se hallaba, y le encontraron en un claro del manglar, erizado el pelo, extraviada la mirada y escondida la cola entre sus piernas, aullando con lastimeros murmullos ante los enlodados jirones de la americana que usaba Clotilde.... Próximos á aquellos informes restos velábase las destrozadas osamentas de algunos seres humanos.

IV.

Entre tanto, ¿qué era, en realidad, de la pobre Clotilde y del fiel *Borrasca*? Continuaban poco menos que perdidos en medio del inmenso bosque en que los dejó.

Apénas la espesa bóveda de verdura, bajo la cual raminaban, dejaba paso alguna que otra vez á los rayos solares, aprovechaba aquel momento el contramaestre para orientarse y rectificar su camino. Marchando hácia el Norte creía poder llegar, más ó menos pronto, á las inmediaciones del fuerte español.

Pero tan luego el follaje interceptaba la luz del astro del día tornaba á extraviarse, metido en aquel dédalo, del cual ni el famoso hilo de Ariadna sería capaz de sacarle; además, tampoco podía seguir un rumbo determinado, como él decía, porque el bosque ofreciale á cada momento obstáculos insuperables, que evitaba dando grandes rodeos y marchando en continuo zig-zag.

Todas sus angustias y contrariedades guardábalas para sí el honrado contramaestre; tenía aumentada la aflicción de su capitana comunicándole las dudas y las vacilaciones que asaltaban á su espíritu.

Á duras penas podía ya la desdichada Clotilde continuar aquella penosa marcha á través de las selvas vírgenes. Sus delicados pies negábanse en absoluto á seguir avanzando por en medio de aquella inextricable maleza.

Desfallecida, llena de perplejidades y angustias, sólo por un supremo esfuerzo de la voluntad seguía á *Borrasca* apoyándose en su nudoso bastón.

Algunas veces que sentía decaer su espíritu, acudía el bueno del contramaestre á auxiliarla; y entonces, sostenida por él, continuaba caminando la infeliz, hasta que completamente exhausta de fuerzas caía en el suelo.

Aquella prueba terrible prolongábase demasiado, y hacíase superior á la varonil entereza de la pobre mujer. En tales momentos, el rudo marino, casi con lágrimas en los ojos, olvidando sus propias penalidades, procuraba infundirle alientos y esperanzas.

Clotilde agradecía en lo más íntimo de su alma las buenas intenciones del fiel servidor; y muchas veces, por no contrariarle, aparentaba, disimulando sus con-

(1) *Bambús*, ó cañas bravas, según se las denomina en algunos puntos de América. Es la *Bambusa arundinacea* de los naturalistas.

(2) *Mangle*. Árbol que crece las costas del mar y las orillas de los ríos; hay muchas especies. Se le denomina científicamente *Avicennia americana*.

gojas, que las frases de aquél, reanimándola, volvíanle el valor y la resistencia, que tanto necesitaba en la difícil situación en que se veía.

Pero ni por un solo instante se hacía ilusiones acerca de la gravedad de su estado. No la intimidaba la muerte; sólo sentía que ésta llegase sin poder dirigir

al amado esposo su última mirada, su postrer suspiro.

A bastantes kilómetros de distancia del agreste lugar en que Félix Ballesta y sus expedicionarios contemplaban, mudos de espanto y pesar, los enlodados jirones de la americana que llevaba Clotilde el día de su desaparición, encontrábase ésta y el contra-



Cediendo sólo á los impulsos de su rara entereza, acudió en auxilio del contramaestre...

maestre en lo más intrincado del bosque, que con tantas penalidades recorrían.

Su situación en nada había mejorado; manteníanse de frutas y raíces y caminaban cuanto sus extenuadas fuerzas lo permitían, á pesar de que repetidas veces el desaliento anonadaba la entereza de sus ánimos.

En un pequeño claro del bosque, al pié de un haya gigantesca, cuyo espesísimo follaje prestaba sombra á su alrededor, tendida en el duro suelo, más que recostada contra el árbol, hallábase Clotilde en el instante de que voy á hacer referencia. Tenía los ojos cerrados, cediendo, no al sueño que fortalece nuestra energía, sino al invencible sopor que la debilidad y el cansancio engendran en su organismo.

Mientras descansaba la joven, *Borrasca*, sacando fuerzas de flaqueza, como suele decirse, se ocupaba en procurarse algunas raíces alimenticias y frutas, de las que tan pródigamente brindaba la naturaleza en aquellos bosques, dignos por cierto de la zona ecuatorial.

En medio de su desdicha, los pobres viandantes tuvieron hasta entónces la suerte de no tropezar con alguna de las fieras y alimañas de toda especie que debían abrigarse en aquellos sitios. Vieron, sí, mucha caza; mas ¿cómo podrían apoderarse de ella sin poseer ningún arma?

(Se continuará.)

EL RAPTO.

CUADRO DE DON FRANCISCO PRADILLA.

La escena es en Venecia en el siglo xv: graciosa gondola se mece en un canal; cierto joven caballero, acaso amante desdenado, tal vez poderoso é inmorral magnate, que lleva en sus brazos á una hermosa doncella desmayada, aparece en la puerta de cercano palacio y entra con su preciosa carga en el ligero esquife, que se desliza y buce por las tranquilas aguas.

Los accesorios son bellísimos y adecuados: un azud y purísimo cielo, dos santos edificios con arcos ojivales y delicadas labores; una bandada de palomas que huyen como amedrantadas, cual si deplorasen la triste suerte de la dama robada.

LA PEÑA DE LOS CUERVOS.

I.

Hay en la Coruña, capital del antiguo reino de Galicia, un hermoso faro que en tiempos de Carlos III se construyó sobre los restos de una torre cántaba.

Peña está tal antigüedad, que los historiadores de Galicia no fijan la época de su construcción, y sólo si están conformes en que desde sus primeros tiempos ya sirvió de faro, y que encendían en su cúspide durante las noches grandes hogueras para que los endebles barcos de los pescadores, barcos que solían éstos furrar con picles de buay, no se deshiciesen contra las rocas de las orillas.

Dicen también que en esta torre había un *espejo mágico* en el cual se retrataban las naves; espejo robado por los normandos, envidiosos de que poseyésemos tal joya.

Al pié de la torre hay una casita de piedras, y dentro de ella un peñasco y la base de una estatua con una inscripción romana.

Cuenta la tradición, pues ya hemos dicho que la historia nada asegura, que un guerrero llamado Gedeon sedujo en Cádiz, en los tiempos más remotos, á la hermana de otro guerrero que tenía el nombre de Hércules.

Indignado éste y deseando tomar venganza del seductor, que en una frágil barquilla se había lanzado á la mar, se embarcó también, y después de muchos días de una peligrosa navegación, arribaron ambos á la Coruña.

Por más que Gedeon quiso ocultarse, no le fué posible, y tuvo que aceptar el combate que le proponía su enemigo.

En el mismo sitio que ocupa la torre tuvo lugar la pelea, la cual duró tres días consecutivos, quedando Hércules vencedor al cabo de ellos.

En prueba de su victoria cortó la cabeza de su enemigo, arrojó el cuerpo al mar, y sepultó esta cabeza, la clava y demás armas de Gedeon entre las peñas, fabricando en seguida la torre sobre los des-

pojos de su enemigo y erigiéndose á sí mismo una estatua.

Lo que hay de cierto en todo esto es que las armas de la Coruña son una torre con una calavera y dos tibias en aspa al pié, y seis conchas en señal de que la torre de Hércules perteneció á la mitra de Santiago.

No es nuestro ánimo hacer la descripción del faro, ni contar las transformaciones que sufrió en el trascurso de los siglos.

Vamos solamente á ocuparnos de una Peña enorme que hay en sus inmediaciones: Peña que es conocida con el nombre con que encabezamos este artículo.

II.

Dominando una hondouada espantosa, se eleva la Peña de los Cuervos.

Para llegar á lo alto de ella es necesario dar muchos rodeos, con riesgo de rodar por aquel precipicio, en cuyo fondo roge la mar sordamente, socavando las peñas con su continuo oleaje.

La cumbre más alta del peñasco está casi siempre llena de enojados cuervos á quienes nadie turba en tan triste soledad.

Allí anidan tambien algunas aves marinas, y sus roncros graznidos se mezclan con el continuado mugir de las olas del bravo mar Cantábrico.

Desde esta cumbre se divisa un panorama magnífico y salvaje.

Tres islas, llamadas las Sisargas, se agrupan á alguna distancia, ostentando orgullosas un faro moderno, único edificio que se eleva sobre aquel terreno agreste, desde que el templo pagano de Júpiter, fabricado por los romanos, desapareció tantos años hace de su faz.

La entrada de la hermosa ría del Ferrol tambien se divisa desde allí, flanqueada por grandes masas de rocas, y las elevadas montañas de Brion, áridas y sombrías, y después el Océano que parece unirse con el cielo, presentando sus magnificas tintas y su inmensidad, en la cual se pierden la vista y el pensamiento.

Una hermosa tarde de verano, después de haber trepado por aquellos peñascos, contemplaba yo tristemente el vapor *Ebro*, que en aquel momento hendía las olas por delante de la torre de Hércules.

Á bordo de aquel vapor iba un amigo de mi niñez, casi un hermano.

Momentos antes acababa de darle un abrazo, y un triste adiós, quizá el postrero.

Mi amigo era muy desgraciado, y como tal poseía una sensibilidad exquisita.

Pérdidas dolorosas para su corazón le alejaban de la Coruña, su suelo patrio; y con el alma desgarrada por la pena partía para Cádiz, á fin de embarcarse en aquel punto para la Habana, en donde vivía un tío riquísimo, única persona que de su familia le quedaba.

Mi amigo, el mismo día de su partida, había visitado la casa en donde naciera y el cementerio en donde se hallaban enterrados sus padres. Después,

con el desaliento y la tristeza reflejadas en su semblante, se había embarcado dando un adiós lúgubre y doloroso á su patria querida, á aquel pueblo testigo mudo de sus alegrías de otros tiempos, de los juegos de su infancia; juegos y alegría de que ya no volvería á disfrutar jamás.

¡Ay! las pueriles venturas de la edad primera murieron con aquellos años dichosos.

III.

Y el *Ébro*, que me arrebató á mi infeliz amigo, iba desapareciendo en el horizonte, no descubriéndose de él más que un punto casi imperceptible y una línea blancuécina de humo, que extendía el viento lentamente.

Entonces dirigí la vista en derredor mío, y mis ojos se detuvieron por último en la Peña sobre que me hallaba, y en la cual vi grabadas con una sustancia de color encarnado oscuro, estas palabras lastimosas:

¡AY.... DE MÍ!....

Y más abajo una fecha borrada.

El sentimiento que en mí se despertó al leer tan melancólica exclamación, fué el del asombro.

Aquel incomprendible lamento, aquel gemido melancólico y misterioso, era, á mi parecer, el eco fiel de un corazón desgarrado por el sufrimiento y lanzado al espacio desde la punta del peñasco.

Aquel lamento, marcado con un sello indeleble y sangriento, representaba quizá un crimen, un suicidio encubierto con un velo misterioso y olvidado con el transcurso de los años.

Aun me acuerdo del momento en que hacía estas tristes reflexiones.

El sol casi se había ocultado, y sus últimos rayos teñían el despejado horizonte de una línea de fuego que, reflejándose en las aguas, cubría éstas de bellísimas tintas.

La mar gumía sorda y melancólicamente, y sus olas venían á estrellarse bajo mis plantas para retirarse luego cuántas de espuma, y á corta distancia un barchino se balanceaba dulcemente, sosteniendo dentro á un pescador que recogía sus redes entomando al mismo tiempo una canción extraña y triste.

Entonces volví maquinalmente á fijarme en la inscripción, en aquel *¡ay de mí!....* misterioso y elocvente en fuerza del dolor que revelaba.

Probablemente el desesperado acento lanzado por aquel pobre ser, que había escrito quizá con su sangre tan triste lamento, sólo había sido contestado por las brisas gemedoras del mar.

Pero.... ¿quién había dejado allí aquella muestra de dolor?

¿Cuál había sido el alma apesurada que legaba al porvenir tan misterioso y sangriento recuerdo?

¡Imposible me es decirlo!.... Si tuviera la creadora y romántica imaginación del inmortal Víctor Hugo, en aquel *¡ay de mí!....* hallaría bastante campo para escribir una novela parecida á la que le inspiró el célebre escritor la palabra ¡FATALIDAD! grabada en una de las torres de Nuestra Señora de París; mas

careciendo de su imaginación, sólo me atrevo á conmemorar este débil recuerdo á la ignorada y misteriosa *Peña de los Cuervos*.

ANTONIO DE SAN MARTÍN.

TORRE DE LA CATEDRAL DE MURCIA.

La torre de la catedral de Murcia, por sus colosales proporciones, por su sólida y atrevida construcción, por la severidad de sus líneas, es tal vez de las más importantes joyas artísticas de España, y forman justamente el orgullo de los murcianos, que la consideran uno de sus monumentos más notables. Dicha fábrica se levanta adosada por una de sus caras á la catedral y sólo hasta la altura de la primera cornisa y al lado de una bella portada greco-romana; la constituye una inmensa mole de hermosa y bien labrada sillera, dividida en tres cuerpos, que remata graciosamente sobre la cúpula con una airosa linterna, formando el conjunto una esbelta pirámide. Cuatro hermosas estatuas de mayor tamaño que el natural y que representan los patronos de Cartagena, San Leandro, San Fulgencio, San Isidro y Santa Florentina, colocadas en las cúspides de las cuatro garitas del primer cuerpo, parecen patrocinan la majestuosidad del monumento. ¿Queréis examinarlo de cerca? ¿Queréis apreciar el mérito artístico de dichas estatuas? Nada más fácil; diez y siete rampas de no muy rápida pendiente os conducirán á la primera balaustrada; una cómoda escalera os facilitará la ascension á la mitad del segundo cuerpo, y allí, si no os aturde el sonoro repique de veinte campanas distribuidas, cinco por fachada, podréis asomaros y estudiar la bella arquitectura churrigueresca de estilo del Renacimiento.

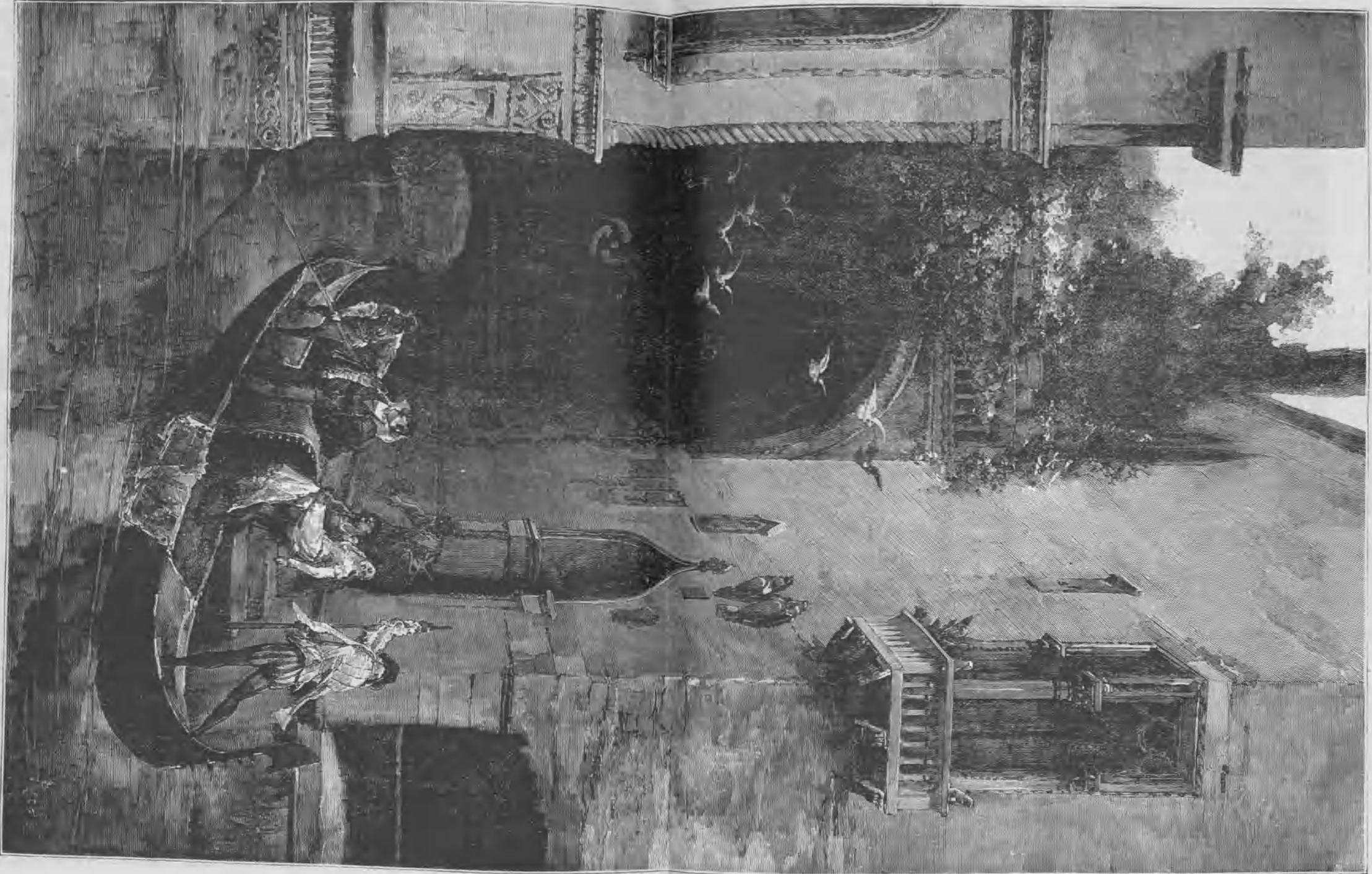
Según tradición, el arquitecto que proyectó dicha torre trataba de continuarla en base cuadrada y á mayor altura de la que tiene, terminándola con una estatua alegórica; pero concluida por distinto director ó presidiendo diferentes consideraciones, parece se desistió de tal idea y se implantó el tercer cuerpo de arquitectura churrigueresca sobre una base octogonal, accesible desde el campanario por medio de una escalera circular de un metro de diámetro, y cuyo último peldaño nos deja en el interior capaz para seis personas, y en donde nuestro ánimo descansa de la fatiga consecuente á la elevación que hemos vencido, para transportarse á la bella ideal. El panorama que se ofrece á nuestra vista desde tal punto es grande en lo bello; la poesía inspira al artista, y su imaginación se encuentra al contemplar la inmensa extensión de la noble ciudad agrícola, aprisionada por su rica y frondosa huerta, que extendiéndose en forma rectangular, abraza una superficie próximamente de diez y seis leguas cuadradas; al ver cómo humilde lame suspiés el caudaloso y terrible Segura; al admirar un horizonte tan bello, y al dominar desde aquella altura un encantador paisaje formado por todas las bellezas que constituyen el orgullo de la hermosa, noble y siete veces coronada ciudad de Murcia.



TORRE DE LA CATEDRAL DE MURCIA.

Murcia

M



EL RAPTO.

CUADRO DE D. FRANCISCO PRADILLA.

LAS FLORES DE LA RIBERA.

Brilla en el monte la aurora,
Brilla en el campo el rocío;
Con sonrisa encantadora,
Una virgen pescadora
Mueve su barca en el río.

Alegre, sus ojos bellos
Dirige á su alrededor,
Trenza sus rubios cabellos,
Y quiere que luzca en ellos
La hermosura de una flor.

Mire la niña doquiera,
Verá millares de flores;
Ambiciosa considera
Que cruzando esta ribera
Puede encontrarlas mejores.

Entonando una canción
Su navecilla apresura,
Pues juzga con presunción
Que aquellas flores no son
Iguales á su hermosura.

En tanto, con ligereza
Bogando va la barquilla;
Ya el sol en Oriente brilla,
Ya flores de más belleza
Encanto dan á la orilla.

Pero dice: «Habrà otras flores
De más hermosos colores;
Boguemos con rapidez,
Pues veo que cada vez
Las voy hallando mejores.»

Y navega sin cesar,
Y oye alegre murmurar
La corriente encantadora,
Y en ella ve reflejar
Su rostro la pescadora.

De orgullo henchida exclamó:
«¡Qué bella Dios me crió!
Ver esas flores me enoja,
Que no merecen las coja
Para ponérmelas yo.»

Bogue mi barca ligera,
Que bogando y más bogando
Encontraremos ribera
Más florida y placentera
Que cuantas vamos cruzando.»

La navecilla bogó
Por las aguas conducida;
Pero ¿la virgen halló
La ribera más florida
Que en su entusiasmo soñó?

Mirando las nuevas flores,
Grita con fuertes clamores:
«Boguemos sin rapidez,
Pues veo que cada vez
Las voy hallando peores.»

Ella volverse querría,
Pero en vano intentaría
Volver la barca jamás;
Que es el tiempo quien la guía,
Y el tiempo no vuelve atrás.

Ni un solo instante sosiega
En el río la barquilla;
Á nuevas riberas llega,
¡Ay! y conforme navega
Más pobre se ve la orilla.

La virgen en derredor
Dirige sus ojos bellos,
Y suspira con dolor:
No halla ni tétrica flor
Para adornar sus cabellos.

«¡Ay, Dios! — exclama — ¡perdi
La esperanza que tenía!
¿Por qué una flor no cogí
Cuando de flores había
Millares cerca de mí?»

La esperanza de la flor
Cayó rodando al abismo;
¡Cuántas veces, oh lector,
Ve su esperanza lo mismo
La pescadora de Amor!

Cuando es jóven la doncella,
Flexible, lozana y bella,
Y observa que cien galanes
Con amorosos afanes
Están sufriendo por ella,

Despreciando sus amores,
Dice: «Quisiera otras flores;
Boguemos con rapidez,
Pues veo que cada vez
Las voy hallando mejores.»

Por tanto galan querida,
Con esperanza de ver
La ribera más florida,
Boga la hermosa mujer
Por el río de la vida.

Y bogando y más bogando
Por conseguir el mejor,
Su juventud acabando,
Queda sin galan llorando,
Cual la barquera sin flor.

TIMOTEO ALFARO.

EL ARPA MARAVILLOSA (1).

POESIA POPULAR ANTIGUA DE DINAMARCA.

Dos caballeros que van buscando novia entran en una casa y piden la mano de la más joven.

Piden á la más joven, y desprecian á la mayor.

La más joven sabe hilar el lino, la mayor sólo sabe guardar los ganados.

La más joven hila primorosamente el oro, la mayor no puede hilar ni la lana.

La mayor dice á la más joven: vamos á la orilla del mar.

¿Qué haremos en la orilla del mar? No tenemos seda para hilar.

Ya nos parecemos bastante; allí nos volveremos tan blancas una como otra.

Aunque te laves todos los días, no te volverás más blanca que lo que Dios quiera.

Y aunque te volvieras más blanca que la nieve, mi novio no ha de ser nunca tuyo.

La más joven se sentó sobre una piedra, y la mayor, empujándola, la echó al mar.

La pobrecita levantaba sus manos: Hermana mía, ayúdame á llegar á la orilla.

Sólo te ayudaré si me prometes cederme á tu novio.

Te daré todo cuanto poseo, pero mi novio nunca. Ya te buscaré yo otro, y te regalaré un aderezo.

El viento va empujando el cuerpo adentro del mar. El viento que corre sobre las olas trae luego el cadáver á la orilla.

Y el viento lleva, por fin, el cuerpo junto á un barco.

Dos peregrinos encuentran el cadáver.

Cogen los brazos de la joven y hacen con ellos un arpa.

Cogen sus cabellos y hacen las cuerdas.

Vamos á aquella casa cercana, donde se celebra un casamiento.

Llegan junto á la puerta, que está medio cerrada, y desde allí se oyen los sonidos del arpa.

La primera cuerda dice:—la novia es mi hermana.

La segunda cuerda dice:—la novia me ha matado.

La tercera cuerda dice:—el novio era mi amante.

La novia se pone encarnada como la lumbre.—Los sonidos del arpa me hacen daño.

La novia se pone encarnada como la sangre:

No me gusta oír esa arpa.

La cuarta cuerda dice:—el arpa no se callará.

La novia se va á acostar.

El arpa resnena con más fuerza, y el corazón de la novia se hace pedazos; tan grande es su dolor.

(1) Este precioso canto popular se oye con frecuencia en todas las regiones del Norte. Mister Arwidson lo ha insertado en su colección de baladas suecas, y Walter Scott en su obra titulada *Minstrelsy des border*.

EL PEZ.

Un pececillo ligero
Por el mar iba saltando,
Cuando vió sobre él nadando
Un pedacillo de pan.

Quiso comerlo al instante,
Pero su madre le dijo:
—No comas, no comas, hijo,
Mira que á pescarte van.

Desoyendo la advertencia
Al alimento se lanza,
Y tras una hebra de tanza
Dejó el pececillo al mar.

Y al verle entonces la madre,
Dijo con dolor profundo:
—¡ Tanto aquí, como en el mundo,
Cuántos se dejan pescar!

JOSÉ C. BRUNE.

LA CABEZA Y EL GORRO.

FÁBULA.

« Calor y abrigo te doy —
Dijo el gorro á la cabeza —
Y nunca de igual fineza
Deudor en nada te soy. »

La cabeza, con desden,
Contestóle: « Errado vas,
Pues si tú calor me das,
Calor te doy yo también.

Olvidadizo te encuentro;
Mas piensa una vez siquiera
Que si me abrigas por fuera,
También te abrigo por dentro. »

*Muy errado el hombre vive
Cuando sólo se complace
Pensando en el bien que hace
Y no en el bien que recibe.*

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

UN MOLINO DE BEAUFORT (PRUSIA).

CUADRO DE DON CARLOS DE HAES.

En el presente número publicamos una reproducción del cuadro « Un molino de Beaufort » (Prusia), debido al excelente pincel del Sr. Haes, que esperamos será del agrado de nuestros lectores.

EN MOLINO DE BEAUFORT (PRESLIA).—CAMPO DE DON CARLOS BASS.



MAXIMAS DE ANTONIO PEREZ

SECRETARIO DE FELIPE II.

Raíz de la fe y el amor, el corazón.

La lengua y las palabras, ramas y hojas del corazón y testimonio dan si está seco ó verde el corazón.

Hay medrosos que temen el rayo aun antes de oír el trueno.

Miserable siglo en el cual es peligroso ejercitar la firmeza y constancia de la agüedad.

Los conceptos son la gentileza y aire natural de cada uno, el lenguaje, el vestido y traje.

Los trabajos derriban el ánimo y el espíritu, como la vejez va corvando los cuerpos.

Como se há el cuerpo respecto del alma, se há el lenguaje respecto de los conceptos.

Vidrio; el cuerpo humano tiene las mismas cualidades.

El príncipe debe buscar y pedir consejo, porque se le den con ánimo los suyos.

Señal mortal de un príncipe que no pide consejo.

No oyen los reyes cuando no quieren, aunque lo opan con las pestañas de los ojos.

La sospecha commueve los ánimos, como los venenos el estómago.

La desconfianza y sospecha es como el veneno de las medicinas, que poco, dado con prudencia, purga; demasiado, mata.

En viejos, de imprudentes; en mozos, de cobardes. Gran cosa si el enojo y pasión dejan libre el entendimiento.

La confianza, hjerro como el de esclavos; pero en el corazón, lugar donde se señalan los ánimos nobles.

EL PROGRESO.

Avanza velocísima la audaz locomotora
Cruzando la llanura en alas del vapor,
Romplendo la montaña con furia destructora,
La selva atravesando con ruido atronador.

¡Avanza, y á su paso las fieras se estremecen,
Los bosques se separan y se retira el mar;
A su mandato alivó los montes obedecen,
Que obstáculos no puede en su carrera hallar!

¡Miradla, es el Progreso la máquina divina
Que arrastra en sus wagones la libre humanidad,
Que siempre adelantando sin descansar camina,
A su estacion postrera la hermosa Libertad!

La Prensa es su caldera, que vivida enrojece
La llama esplendorosa de la inmortal Razon;
Bajo su férrea planta el mundo se estremece,
Gutenberg y Washington sus maquinistas son.

¡Avanza libertando los pueblos oprimidos,
Avanza derramando virtud é ilustracion,

Dejando los tiranos burlados y vencidos,
Pisando la ignorante brutal supersticion!

¡Avanza atravesando los túneles sombríos
Que logra el fanatismo en su camino alzar;
Los pasa y los destruye, y en sus escombros frios
A aquellos que los alzan consigue sepultar!

Avanza y á su paso el campo de batalla
Se trueca en fértil tierra, de paz y bendicion;
¡Igual al amo fiero el triste esclavo se halla,
Y todos son felices y todos libres son!

¡Ay! ¡triste del que, necio, la rápida carrera
Osara de esa máquina divina contener!
¡Ay de él!; Su rueda fúlgida á polvo redujera
Al que el convoy sagrado quisiera detener!

¡Avanza, avanza rápida, veloz locomotora;
Avanza presurosa, avanza sin temor;
Te anima del Progreso la idea salvadora,
La Libertad te espera, te impulsa el Creador!

MANUEL DE LA REVILLA.

LA AEROSTACION (1).

La aerostática, palabra compuesta de dos griegas, *aer*, aire, y *stao*, pararse, es una de las seis partes en que se divide la mecánica racional; es la que estudia el equilibrio del aire y de los flúidos aeriformes.

El aire es un cuerpo cuya presencia no se manifiesta ostensiblemente á nuestra vista como la de los demas cuerpos sólidos y líquidos. El aire rodea por todas partes nuestro planeta, puesto que de toda su superficie se ven flotar en él las nubes. El color azul del cielo débese á la acumulacion de una gran masa de aire, que es lo que constituye la atmósfera.

Los sorprendentes descubrimientos químicos realizados en el siglo anterior dieron á conocer un gran número de cuerpos que, aunque difieren del aire en su composición química, se le asemejan notablemente en sus condiciones de fluidez, transparencia y expansion; su propiedad característica es la elasticidad; por esto se les llama *gases elásticos*.

En el aire, en los gases, en el agua y en todos los líquidos pueden sobrenadar otros cuerpos que se denominan flotantes, como el humo, los vapores, las nieblas, las nubes, el pólen de las flores, etc. Dos son las propiedades que deben llenar los cuerpos que flotan: 1.º Que el peso del cuerpo flotante sea, bajo el mismo volumen, menor ó á lo sumo igual, que el fluido desalojado. 2.º Que el centro de gravedad del cuerpo flotante y del fluido desalojado se encuentren en la misma vertical.

La aplicacion más admirable de cuerpos flotantes en la atmósfera es la de los globos aerostáticos.

Indisputable es la gloria que con su invento con-

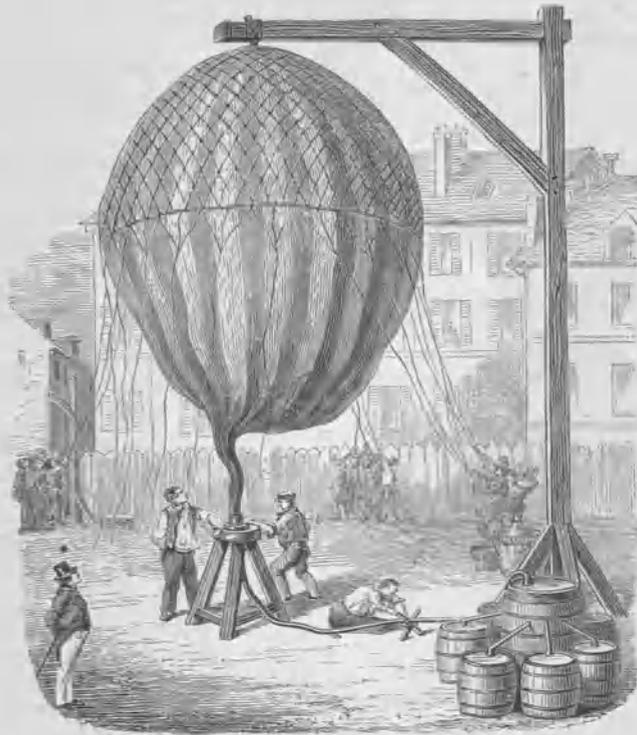
(1) Véase el número 22 de este Boletín.

quistaron los hermanos Montgolfier, pero tienen asimismo derecho á ella el físico Pilatre de Rozier, que en unión del Marqués de Arlandes hizo la primera ascension en globo; el físico Charles, que ideó henchir su globo de gas hidrógeno, que es catorce veces más ligero que el aire, y Blanchard, á quien se atribuye la invencion del paracaídas.

El profesor Charles combinó ademas el éxito y la seguridad en las ascensiones aéreas, inventando la válvula, que, dando salida al gas, hace que el globo

descienda; el lastre por el cual se modera la rapidez de la caída; la barquilla que lleva á los viajeros; el uso del barómetro, y la capa de caoutchouc que se da á la tela que constituye el globo.

Este insigne físico formaba el gas hidrógeno dentro de varios toneles que contenian ácido sulfúrico, hierro y agua. Por medio de un tubo de metal, el gas producido pasaba á un tonel mayor, en el cual se depuraba atravesando un gran volumen de agua, y se la trasladaba despues por otro tubo al globo. Hoy se



Acto de llenar un globo.

simplifica en gran manera esta operacion empleando el gas del alumbrado.

A pesar de haber perfeccionado Mr. Garnerin, en 1799, el aparato nombrado *paracaídas*, se hace muy poco uso de él, y sólo le emplean los aeronautas de profesion para producir admiracion en el público que les contempla.

Es verdaderamente singular espectáculo ver á un hombre que se arroja al espacio desde gran altura, protegido por su paracaídas, el cual no es otra cosa que un inmenso paraguas en la forma y condiciones que se representa en el grabado.

Como hasta veinte años despues de su invencion, no se pensó utilizar los globos aerostáticos para estudios y observaciones científicas. La primera ascension de este género la efectuó el 18 de Julio de 1803, en

Hamburgo, un físico, natural de Lieja, llamado Estéban Gaspar Robertson. Subió á gran altura é hizo notables observaciones de física.

Tambien el arte de la guerra creyó poder utilizar este descubrimiento en servicio propio; y los ejércitos franceses fueron los primeros en hacer en campaña uso de él; pero donde está llamado á prestar valioso concurso es en la astronomía y en la ciencia meteorológica.

Con este descubrimiento sólo se ha verificado á medias la conquista del aire. Para que ésta sea definitiva, es preciso que los aparatos destinados á surcar la atmósfera no se encuentren á merced de este fluido ni de sus corrientes; que les opongan, cuando sea necesario, gran resistencia, y puedan ser dirigidos á voluntad.

¿Es esto imposible? Tal vez la electricidad y nuevas formas del aparato resuelvan el problema. ¿No han realizado verdaderas maravillas Franklin, Fulton, Morse y Edison? Aunque reinen fuertes vientos, las más pequeñas avecillas surcan la atmósfera en todas direcciones; sólo cuando desencadenan su furia los de la tempestad, logran arrollar y abatir el vuelo de las aves.

Lo que realizan estos seres alados ¿no lo conseguirá algún día el ingenio del hombre, oponiendo al viento la conveniente resistencia? ¿No navega el bajel, gracias al vapor, contra el viento y el mar? ¿No subimos todos que entre el agua y el aire no hay más diferencia sino la de que éste es un fluido menos denso que aquél?



Pádre de Rezier.

La forma del aparato, á mi humilde juicio, debe preocupar principalmente á los llamados á resolver tan difícil problema. Así como la aguda proa de la nave hiende las olas del mar, del propio modo la *proa* del aparato aéreo debe cortar las *olas atmosféricas*, valga por lo que valga la frase. Esta particular disposición y un motor eléctrico allanarían tal vez todas las dificultades.

Por último, cuando la completa conquista del aire sea un hecho, lo cual sucederá en plazo más ó ménos próximo, puesto que de otras difíciles empresas ha salido victorioso el genio del hombre, las condiciones sociales y especulativas de los pueblos sufrirán trascendentales cambios en su actual manera de ser.

J. MORENO FIENTES.

ANÉCDOTAS.

El hijo de Alejandro Dumas dijo una vez, á propósito de la vanidad del autor de *Los Mosqueteros*:

—Es tan vanidoso mi padre, que es capaz de ponerse á la testera de su carruaje porque crean que tiene negro.

Bien sabido es que Alejandro Dumas, padre, era mulato.

Discurrían dos espectadores del teatro de Oriente por qué se llamaría *paraíso* á la parte más alta de aquel coliseo.

—Será—dijo uno—porque respecto á las butacas, está en el cielo.

—No—añadió un tercero—es porque allí se comen también manzanas.

Quejábase un padre delante de una célebre mujer francesa que aborrecía las citas, de que su hija no tenía memoria.

—¡Qué feliz sois!—replicó ella al momento;—con eso no citará.

Una mujer hermosa solía decir muchas veces que si ella hubiese asistido al Consejo del Criador, cuando formó la criatura humana, le hubiera aconsejado que pusiese las arrugas debajo de los talones.

PENSAMIENTOS.

De mis lágrimas nace una multitud de flores brillantes, y mis suspiros se vuelven un coro de ruiseñores.

Y si tú me llegas á amar, miña miña, todas esas flores serán para ti, y á tu ventana resonará el canto del ruiseñor.

ENRIQUE HEINE.

El principal deber del hombre es despreciar el dolor y la muerte. Bajo esta condición seríamos dueños de nuestra virtud, y seríamos hombres.

CICERON.

EPIGRAMAS.

Se queja de padecer
Dolor de cabeza Irene;
Mas no acierto á comprender
Cómo le puede doler
La cabeza que no tiene.

Un beodo oyó las dos,
Y dijo con mucha paz:
«¡Cómo! ¿dos veces la una?
Ese reloj anda mal.»

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.



EL PARACAIDAS.

CHARADA.

Es un pronombre la *prima* ;
 Hay *segunda* en tierra y mares,
 Y ambas son libro de estima,
 Reproducido á millares.

La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Torre de la catedral de Murcia.—El rapto, cuadro de Prudilla.—Un molino de Beaufort, cuadro de Haes.—Acto de llenar un globo.—Retrato de Pilâtre de Rozier.—El paracaídas.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Secreto del oro, Luis Bousenard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—El rapto.—La Peña de los cuervos, por A. de San Martín.—Torre de la catedral de Murcia.—Las flores de la ribera, por Timoteo Alvaro.—El arpa maravillosa.—El pez, por J. C. Brumé.—La cabeza y el gorro, por Mignol Agustín Príncipe.—Un molino de Beaufort.—Maximus de Antonio Pérez.—El progreso, por Manuel de la Revilla.—La aerostacion, por José Moreno Fuentes.—Anécdotas.—Pensamientos.—Epigramas.—Charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra,
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.